

Temario de Fiestas Patronales

Diócesis de San Juan de los Lagos

2017-2018



Fascinar y Escuchar para Discernir

Sumario

TEMARIO DE FIESTAS PATRONALES 2017-2018

Presentación 1

TEMAS:

1. Fascinados por el llamado de Jesús 2
2. Testigos de Jesús en docilidad al Espíritu Santo 5
3. En profunda comunión con la Iglesia 8
4. Llenos de motivaciones sobrenaturales 11
5. Socios de cristo en su proyecto de salvación 14
6. Ofrecemos un servicio a la vida con el fervor de los Santos 16
7. En conversión pastoral 19
8. Con actitud orante y en formación permanente 22
9. En diálogo y escucha activa 24
10. Discerniendo para encontrar la voluntad de Dios 28
11. Reconociendo el rostro de cristo en los pobres 31
12. Agradecidos por el don de la fe 35
13. Intentando evangelizar las culturas 38

Presentación



TEMAS DE PREDICACIÓN 2017-2018

FASCINARNOS Y ESCUCHARNOS PARA DISCERNIR EL PLAN DE DIOS

Estamos en la etapa del «Fascinar y escuchar para discernir», en nuestro camino hacia el VI Plan diocesano de pastoral. Es la etapa del encantamiento de los agentes de pastoral, que los convierta en valientes misioneros. La palabra «Fascinar» proviene del latín *fascinare* que significa embrujar (o *fascinum* = embrujo). Es decir: ejercer una atracción o dominio irresistible; cautivar, conquistar, deslumbrar.

Partiendo del gozo entusiasmante de sentirnos llamados por Jesucristo, nos fascinamos, y contagiamos a toda la gente, sobre todo a los pobres y marginados, para que se apasionen por el seguimiento de Jesús en la Iglesia. Pastores y laicos se dejan fascinar por Cristo y por los demás, enamorándose de Jesucristo y su causa.

Así, renuevan sus opciones preferenciales, provocando un nuevo estilo de vida en los procesos existentes. Esto pide de nosotros motivación, creatividad, asertividad y esperanza. En consonancia con este proceso, ofrecemos algunos motivos para fascinarnos y llenarnos de esperanza en estos temas de fiestas patronales.

Agradecemos al P. Francisco Escobar Mireles la elaboración de este subsidio.

CoDiPaPro y Vocalía de Elaboración de Materiales

1. FASCINADOS POR EL LLAMADO DE JESÚS

«*Sígueme y yo los haré pescadores de hombres; y ellos, dejando al instante las redes, lo siguieron*»
(Mc 1, 17ss.)

La primera actitud para llevar adelante con éxito la misión es la clara conciencia y firme persuasión profunda del llamamiento especial de Jesús para comprometerse por la misión y emprenderla con ánimo. La Iglesia es la con-vocación de los cristianos: es llamada a unir en asamblea a los llamados.

Jesús llama personalmente a cada hombre y a cada mujer a un encuentro íntimo con Él. El primer contacto de los discípulos con el Maestro a través de su palabra y de su obra despertó en ellos el deseo de seguirlo, ya que su personalidad los fascinaba y su corazón quedó impactado a tal grado que su vida no volvió a ser la misma. No eran ellos los que elegían, sino que eran ellos los llamados, los elegidos por el Señor, no para cumplir una misión externa a sus vidas sino precisamente para ‘estar con Él y ser enviados a predicar’ (Mc 3,14; cf. DA 131).

Necesitamos tener una «clara conciencia» de que tal llamamiento es una elección amorosa de su parte, acompañada de una invitación a participar de su misma misión. Y además una «firme persuasión», es decir, la seguridad personal de que Él quiere asociarme a su anhelo de salvar a todo el mundo. Dice San Agustín: «Anuncia tú

también a Cristo. ¿Qué fiel dejará de hablar de Cristo? Que todos atraigan a todos los que puedan (Com. in Ps. 96,10).

No vamos a actuar por nuestra cuenta, ni pensamos que lo podremos con solo nuestras fuerzas. Aquél que nos llama es quien nos guía, nos acompaña y nos fortalece por su Santo Espíritu, para que, en su nombre, seamos capaces de anunciar su Evangelio y de hecho nos pongamos a la obra.

Espera que sepamos responderle con generosidad, aceptando y poniéndonos a su disposición.

El cristiano se define por la vocación: ha sido llamado por Dios, quien ha tomado la iniciativa de buscarlo, hacerlo discípulo y salvarlo. La vocación

busca desplegar nuestro ser único y personal según el proyecto de Dios; la misión, dejar una huella en nuestro seguimiento de Jesús para que otros la sigan. No se puede dejar una huella si no desplegamos al máximo el propio ser. La vocación se desarrolla al paso de los años y madura con la vida. Seres dinámicos, siempre crecemos y evolucionamos. Al ir caminando aparecen otros intereses y vamos desarrollando habilidades nuevas.

Este proceso de crecimiento pide continuo análisis y evaluación. El proyecto de vida incluye



todas las dimensiones: inclinaciones, afectos, valores, hobbies, temas de interés. El llamado pide respuesta libre, responsable, alegre y generosa. Es una llamada-vocación a seguirle: ser discípulo implica entrar y pertenecer a la escuela del Maestro, aprender sus métodos, tener su mismo pensar y reacciones. El que escucha su llamado y quiere seguirlo siendo discípulo, entra en su vida por el Bautismo, sigue sus pasos (1P 2,21) y obra como Él (1Jn 2,6; Jn 14,12). Lo que inicia la vida cristiana es la vocación: llamado de Dios. Él toma la iniciativa (1Jn 4,10) y pide una respuesta: la fe y la vida moral en el amor.

El vocablo «misionero» es sinónimo del «apóstol» y «pastor». La misión de Jesús es el encargo de anunciar el Evangelio de la salvación al mundo. Saberse y sentirse enviado de Jesús equivale a identificarse con el anhelo salvífico de Jesús. «Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el Evangelio del Reino a todas las naciones (cf Mt 28,19; Lc 24,46-48). Por eso todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma» (DA 144). Produce una disposición y actitud constante y animosa de cumplir con el encargo recibido, ponerlo en acto, ser mensajero fiel y presuroso de su Evangelio: sentirse urgido por el amor de Cristo (2Co 5,14).

Así que los conceptos de «llamada-respuesta», «seguimiento», «imitación», «configuración», «identificación» con la Persona de Cristo, definen el comportamiento moral cristiano. El cristianismo no se mide por unas normas éticas, sino por un encuentro con Cristo que toca el núcleo de la persona humana y origina un comportamiento correspondiente, personal y social. El llamado y el encuentro con Cristo es la experiencia original que nos mantiene en una respuesta fiel y alegre.

En un primer momento, la percepción de la vocación lleva en sí misma una carga motivacional emotiva bastante fuerte. La persona es movida por un atractivo interior, un impulso que la hará capaz,

eventualmente, de romper con su vida pasada y abrazar un nuevo estilo de vida. Todos podemos recordar y reflexionar esa misteriosa gracia que nos hizo capaces de dar pasos que no habíamos imaginado. Resulta provechoso recordar el momento en que percibió por primera vez la voz de Dios o tuvo una experiencia viva de Él, para volver a sentir su atractivo.

Pero esta fuerza emotiva inicial no puede ser la motivación central y permanente de toda una vida. Los sentimientos van y vienen, aun los que acompañan profundas convicciones naturales o sobrenaturales. Necesitamos renovar esa motivación de acuerdo a las circunstancias cambiantes,

La creatividad es la capacidad extraordinaria de hallar solución de problemas, como un proceso, un producto o una característica personal. Identificar el problema significa integrar, ver, asociar, donde otros no han visto. Lo obstaculiza la incapacidad de cambiar las respuestas estereotipadas; o de adaptar las formas de percepción; la excesiva familiaridad con un asunto; bloqueos sociales o culturales, y emocionales.

Lo original tiene preguntas originales: se plantean, identifican o proponen problemas que otros no han visto y nadie se los había planteado. Las personas creativas asumieron nuevos u originales procedimientos y actuaron de determinada manera para producir un resultado innovador. Así ofrecieron atención y respuesta a las diferencias individuales y las necesidades personales, con originales estrategias concretas, tras aproximaciones sucesivas, reforzando o corrigiendo cada paso.

Hay que dar valor a los cientos de ideas que se generan diario, recoger propuestas, escuchar opiniones, irradiar nuevas formas de ver los problemas, organizar las ideas existentes, desafiar los procesos tradicionales. La innovación consiste en la aplicación diferentes de recursos, e incluye todos los procesos por los que las nuevas ideas se generan y se convierten en productos útiles. El cerebro no almacena información como un diccionario, sino asocia a experiencias de nuestras vidas. Renovemos la experiencia de nuestro llamado por el Señor.

Propuestas para la Oración de los fieles:

Agradecemos el don de ser llamados a trabajar en la viña del Señor, e imploramos con fe por las necesidades del mundo y de la Iglesia diciendo:

***R. Que respondamos,
Señor, a tu llamado.***

- 1.- Por nuestra comunidad para que se estrechen los vínculos de comunión entre todos los que la formamos y nos convirtamos así en un ámbito propicio en el que puedan surgir las diversas vocaciones. ***Oremos.***
- 2.- Para que redescubramos la riqueza que implica la propia vocación bautismal y potenciemos así todas las vocaciones consagradas al servicio de la Iglesia. ***Oremos.***
- 3.- Para que los jóvenes se sientan llamados a seguir a Jesús y a servirlo en los hermanos a través de los diversos carismas que el Espíritu Santo suscita en su Iglesia. ***Oremos.***
- 4.- Para que los matrimonios y familias cristianas vivan su vocación con fidelidad y se conviertan en un símbolo claro del amor de Cristo a su Iglesia. ***Oremos.***
- 5.- Para que el Señor haga experimentar, en el corazón de todos, la llamada a ir a las periferias existenciales para proclamar misericordia la Buena Nueva del Evangelio. ***Oremos.***
- 6.- Para que los educadores y catequistas se sientan corresponsables en la animación y promoción de todas las vocaciones en sus encuentros con los niños, adolescentes y jóvenes. ***Oremos.***
- 7.- Para que todo nuestro trabajo pastoral se vea empapado de la preocupación por la oración, promoción y animación de la pastoral vocacional. ***Oremos.***
- 8.- Para que confiando en el Dueño de la Mies, que llama a seguirlo más de cerca, a muchos niños, jóvenes y adultos en la vida consagrada, no tengamos miedo de proponer la vocación sintiéndonos mediación de Dios. ***Oremos.***



- 9.- Para que se vaya creando en las comunidades una «cultura vocacional» que fomente y favorezca el germen de nuevas vocaciones. ***Oremos.***
- 10.- Para que potenciemos el espíritu orante de nuestras parroquias, grupos, comunidades eclesiales... por las vocaciones al Señor que nos ha mandado orar, porque « es mucha la mies y pocos los obreros» ***Oremos.***
- 11.- Para que el testimonio entregado, alegre, y fiel de los agentes de pastoral suscite en otros interrogantes para plantearse la llamada del Señor a una vocación de servicio. ***Oremos.***
- 12.- Para que la oración y ofrenda de los enfermos en favor de las vocaciones de especial consagración se vea bendecida ante Dios. ***Oremos.***
- 13.- Para que el grito silencioso de tantos hombres y mujeres que no conocen ni han experimentado el amor y salvación de Dios resuene en muchos corazones y respondan a la llamada vocacional que el Señor les hace. ***Oremos.***

Padre santo, haz que el atractivo de Jesucristo siga conquistando el corazón de muchos hermanos que, dejándolo todo, sigan la aventura más maravillosa de entregar la vida por el Evangelio. Haz que abramos el corazón a Cristo, que no quita nada y lo da todo. Para que a ejemplo de la Virgen María, la siempre joven y disponible a hacer tu voluntad, nos entusiasme a responder con generosidad a tu llamado. Por Jesucristo nuestro Señor.

2. TESTIGOS DE JESÚS EN DOCILIDAD AL ESPÍRITU SANTO

*«Recibirán la fuerza del Espíritu Santo,
y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria
y hasta los últimos confines de la tierra»
(Hch 1,8).*

Dice nuestro V Plan diocesano de pastoral: «El mundo está cansado de palabras y requiere testigos auténticos y congruentes (cf EN 41). Los escándalos e infidelidades de los cristianos no se contrarrestan con más palabras, sino con hechos permanentes. La sociedad de hoy requiere de cristianos que transparenten a Cristo y su proyecto de salvación, más que nuevas estrategias pastorales, pues éstas requieren de ese testimonio, de lo contrario resultan ineficaces. Testigos que evangelicen con la propia vida y el ejemplo: fidelidad a Jesucristo, pobreza y desapego de los bienes materiales, libertad frente a los poderes del mundo, santidad encarnada, sentido eclesial, pasión por la salvación de todos, opción por los últimos y a partir de ellos» (V PDP 179).

En la vida diaria se cotiza mucho a aquellas personas cuya forma de obrar responde a sus convicciones no sólo «de palabra», sino «de hechos». La Iglesia, a las más cualificadas, las eleva al honor de los altares, como modelos de identificación cristiana. El cristiano debe ser un ejemplo, en su conducta personal y su relación con la familia, la sociedad y las autoridades (Ef 5,21; 6,9).

Dar testimonio es atestiguar personalmente, ponerse por testigo personal de un hecho, una obra valiosa, aportar la verdad objetiva de un hecho controvertido. Se compromete personalmente con una causa. Garantiza, mediante unos comportamientos de vida, una verdad creída y anunciada. Su autoridad le viene, o de la confianza de que goza en la sociedad, o de la coherencia entre la verdad que afirma y la praxis de su vida.

En la vida cotidiana no es tan sencillo mantener un testimonio claro y firme de lo que creemos: la rutina; obstáculos externos (oposición de personas cercanas, dificultades en el lugar de trabajo) o internos (miedo al qué dirán si expresamos nuestras convicciones y nos identifican como cristianos). San Pedro lo experimentó y negó tres veces al Señor en público; luego, afirmó tres veces su amor y fue capaz de seguir a Cristo incluso hasta el martirio.

Hoy en muchos ámbitos de la vida social se niega al Señor o lo relega a lo privado. Ser cristiano muchas veces significa caminar contra la corriente. Eso puede darnos cierto temor, incertidumbre e inseguridad, pero el Señor nos dijo: «Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,19). Solo será posible nuestro compromiso valiente si reconocemos a Jesucristo, que nos ha llamado, elegido e invitado a recorrer su camino.

Por eso el Documento de Aparecida nos invita: «Recobremos, pues, ‘el fervor espiritual. Conserve-mos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacien-

tes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo' (EN 80). Recobremos el valor y la audacia apostólicos» (DA 552).

Nos entusiasma y llena de esperanza tener la capacidad de ganar a muchos para Jesús, con nuestro testimonio de santidad, de amor y de servicio, por la vía de la amistad, para que se hagan también testigos suyos. «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan; o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio... Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo» (EN 41).

Sólo podremos lograr esa congruencia de vida que contagia, en una plena y ferviente docilidad al Espíritu, que es quien impulsa y guía en la misión. «El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo... en la misión cotidiana» (DA 284). Es el Espíritu el que infunde «en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo» y su acción apostólica «sin cesar la compañía y dirige de diversas maneras» (AG 4). San Pablo realizaba su acción misionera sintiéndose acompañado por «la fuerza del Espíritu Santo» (Rm 15,19), al grado de decirse «prisionero del Espíritu» (Hch 20,22).

El Espíritu Santo es el que hace a los discípulos ser testigos audaces para anunciar la palabra de Dios (Hch 4,31); el que inspira lo que han de decir (Mt 10,20); el que los ilumina para comprender la verdad plena (Jn 16,13); el que los fortalece en Cristo, los unge y marca con su sello (1Co 1,16) para actuar como agentes convencidos y animosos, llenos de confianza en quien los sacó de las tinieblas a su luz (1P 2,9). Esa *plena y ferviente docilidad* consiste en aprender a seguir sus inspiraciones e impulsos sin tardanza ni dilación, con ánimo alegre y esforzado. Es la actitud esencial y el punto de partida del compromiso misionero.

«Seamos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de

nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos areópagos de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia...» (DA 548). Forjar y mantener siempre viva la actitud de proceder siempre como testigos del Evangelio, ser «misioneros del Evangelio no sólo con la palabra sino sobre todo con nuestra propia vida...» (DA, mensaje final, 4).

Ser testigos nos habla de manifestarnos claramente como cristianos. «La identidad cristiana implica una referencia explícita a Jesucristo, un conjunto de verdades de fe, unos principios morales que orienten la vida, unas celebraciones sacramentales y una espiritualidad característica. Para que cada cristiano redescubra su identidad es necesario fomentar una preparación integral a los sacramentos, superar el ritualismo social para vivir su significado, buscando una proyección en los aspectos de la vida personal y comunitaria. La conformación de la identidad cristiana incluye compromiso, vocación, fermento en el mundo, construcción del Reino, reevangelización frente al neopaganismo católico, lo cual nos involucra a todos» (V PDP 125).

«En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida. Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y discernir lo que debemos hacer en las actuales circunstancias» (DA 139).

«Identificarse con Jesucristo es también compartir su destino: 'Donde yo esté estará también el que me sirve' (Jn 12,26). El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la Cruz: 'Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga' (Mc 8,34). Nos alienta el testimonio de tantos misioneros y mártires de ayer y de hoy en nuestros Pueblos que han llegado a compartir la cruz de Cristo hasta la entrega de su vida» (DA 140).

«Señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad, y la lucha para no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal» (DA 383).

«Cuando el impulso del Espíritu impregna y motiva todas las áreas de la existencia, entonces también penetra y configura la vocación específica de cada uno. Así se forma y desarrolla la espiritualidad propia de presbíteros, de religiosos y religiosas, de padres de familia, de empresarios, de catequistas, etc. Cada una de las vocaciones tiene un modo concreto y distintivo de vivir la espiritualidad, que da profundidad y entusiasmo al ejercicio concreto de sus tareas. Así, la vida en el Espíritu no nos cierra en una intimidad cómoda, sino que nos convierte en personas generosas y creativas, felices en el anuncio y el servicio misionero. Nos vuelve comprometidos con los reclamos de la realidad y capaces de encontrarle un profundo significado a todo lo que nos toca hacer por la Iglesia y por el mundo» (DA 285).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Reunidos en el nombre de Jesús como aquella primera Iglesia en la espera de Pentecostés, y ante nuestros temores y problemas, le pedimos al Señor que envíe su Espíritu y nos fortalezca. Repetimos:

R.- Padre, concédenos los dones de tu Espíritu

- 1.- Que el Espíritu Santo derrame sobre el Papa Francisco el don de Piedad, para que sea ejemplo de las actitudes de Jesucristo delante de todos los hombres. **Oremos.**
- 2.- Que el Espíritu Santo derrame sobre los que están alejados el don del Temor de Dios, para que les sirva de guía a la hora de encaminar sus pasos a la casa del Padre. **Oremos.**
- 3.- Que el Espíritu Santo derrame sobre los que están enfermos y los que sufren el don de Fortaleza para que este estímulo les lleve a sobrelle-

var con alegría sus dificultades. **Oremos.**

- 4.- Que el Espíritu Santo derrame sobre los que viven entre luchas y enfrentamientos el don de Entendimiento para que llegue pronto a ellos la verdadera paz nacida del respeto mutuo. **Oremos.**
- 5.- Que el Espíritu Santo derrame sobre los dirigentes de todas las naciones el don de Sabiduría para que guíen a sus pueblos por caminos de Paz y prosperidad. **Oremos.**
- 6.- Que el Espíritu Santo derrame sobre todos nosotros el don de Consejo para que estemos atentos a acompañar a aquellos que andan desanimados y cansados. **Oremos.**
- 7.- Que el Espíritu Santo derrame sobre los trabajadores de toda índole el don de Ciencia para que realicen sus tareas con afán y con entusiasmo. **Oremos.**

Padre, escucha nuestra oración y realiza entre nosotros un nuevo Pentecostés; deja caer la fuerza del Espíritu Santo sobre todos los hombres de la tierra, atiende todas sus súplicas y danos fuerzas para caminar hacia la casa del Padre. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

(O bien):

Cristo nos envía el Espíritu Santo para que nos comprometamos en la Nueva Evangelización y en la Misión permanente. Vamos a presentar al Padre nuestras peticiones con la seguridad que da el sabernos amados por Él.

R.- Envía, Señor, tu Espíritu, y repuebla la faz de la tierra.

- 1.- Envía, Señor, tu Espíritu de Sabiduría sobre la Iglesia. Por el Papa, los obispos, los sacerdotes y todas las personas que con su servicio ayudan a la Iglesia, para que reciban la luz necesaria a la hora de expandir el mensaje de Cristo. **Oremos.**
- 2.- Envía, Señor, tu Espíritu de Fortaleza. Te pedimos por todos los que lo están pasando mal, los enfermos, los que no tienen trabajo, los que están solos, los que no se sienten amados, los que no te encuentran... **Oremos.**

3.- Envía, Señor, tu Espíritu de Caridad. Por los pobres, por los carentes de amor, de comprensión, de solidaridad, para que encuentren una mano generosa que les ayude en su necesidad.

Oremos.

4.- Envía, Señor, tu Espíritu de Entendimiento. Te pedimos por los gobernantes, los que tienen poder para tomar decisiones, los responsables de hacer que cesen las guerras, para que lleguen a un entendimiento que haga vivir en paz a los hombres. **Oremos.**

5.- Envía, Señor, tu Espíritu de Piedad. Para que sepamos vivir en cercanía con el Señor, rechazando todo lo que nos hace romper la amistad con Dios y con los hermanos. **Oremos.**

6.- Envía, Señor, tu Espíritu de Alegría. Por todos los que se encargan de las fiestas y los distintos agentes de pastoral, para que lleven a todos la

alegría que supone vivir desde Cristo. **Oremos.**

7.- Envía, Señor, tu Espíritu de Bondad. Por todos los que se dedican a los demás, tanto si difunden la Palabra de Dios, como si ayudan a otros en sus necesidades, para que Dios les conceda la humildad, la sencillez y el desprendimiento que este servicio conlleva. **Oremos.**

8.- Envía Señor, tu Espíritu de Generosidad. Por las necesidades de todos los que compartimos esta Eucaristía (*un momento de silencio*) para que el Señor nos ayude a solucionarlas con la mayor generosidad. **Oremos.**

Señor, siempre atento a nuestras necesidades, deseamos que estas súplicas sean bien recibidas Ti, Dios Padre Nuestro, con la seguridad de que Tú siempre escuchas a tus hijos. Por Cristo nuestro Señor.

3. EN PROFUNDA COMUNIÓN CON LA IGLESIA

*«Ustedes son el cuerpo de Cristo,
y cada uno individualmente un miembro de él»
(1Co 12,27).*

Siendo Dios comunidad y el ser humano un ser relacional, el proyecto de Dios no puede ser sino comunitario. El Espíritu genera la unidad en la diversidad y conduce al compromiso de la construcción del Reino a través de los múltiples carismas. Y anima la apertura y aceptación de las personas, la integración y el sentido de identidad y pertenencia en la comunidad, la comunión fraterna, afectiva y efectiva, con el amor de caridad teológica.

La comunión con la Iglesia es la actitud de querer actuar siempre en el cauce de la Iglesia, con sentido de Iglesia y en obediencia a ella. Sentirse Iglesia es entender que, por el hecho de pertenecer a ella, compartimos su misión que es evangelizar. La respuesta a Jesús se despliega y concretiza en el horizonte de la Iglesia: tiene forma eclesial. Por-

que la misión dimana de la Iglesia, que prolonga la misión de Jesús: la fundó para evangelizar (cf. EN 14). La Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús, es enviada por Él para evangelizar, sigue evangelizándose a sí misma y envía continuamente evangelizadores (cf. EN 15).

Supone en primer lugar amar a la Iglesia, amarla como la ama Cristo, dándose por ella. Este amor sostiene y da sentido a la acción. De este amor brota el anhelo de evangelizar. Este amor alimenta y mantiene vivo dicho anhelo y caracteriza su actuación pastoral. El amor determina el peso de una persona (San Agustín, Confesiones XIII, 10). Nos hace capaces de sacrificios, privaciones inexplicables, grandes realizaciones, donación total y desinteresada. «El hombre no puede vivir sin amor.

Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace suyo, si no participa de él vivamente» (RH 10).

Hemos sido llamados al amor, a amar cada vez a más personas, y a amar mejor. Nunca podremos entregarnos con firmeza y constancia, si no vibra en nuestro pecho el entusiasmo del amor. No un amor cualquiera, sino el amor a Jesucristo, el Señor, el único capaz de polarizar de verdad nuestra vida. Él llama por amor y para pedir amor (Jn 15,9). Esa llamada entraña también la vocación a amar a todos los hombres como Él los ha amado (cf. Jn 13,34).

Muchos resortes motivacionales respaldan la fuerza del amor a Cristo, según circunstancias y momentos. Sólo el amor a Cristo y a las almas da sentido a la renuncia, esfuerzo, ascesis, disciplina que entraña el ministerio, y a tomar las riendas de la propia formación alegre y responsablemente. Sin ese amor, aguantaríamos programas formativos y soportaríamos consejos y acuerdos; pero no los haríamos nuestros. Sus tendencias dispersivas llevan a eludir esfuerzo, a un mero cumplir con oración, apostolado, discernimiento grupal.

Amar a la Iglesia como la fundó Cristo, supone además situarse y actuar siempre en comunión con las enseñanzas de la Iglesia, con el Papa, con el Obispo, con el propio párroco, con los hermanos, porque la Iglesia es comunión; Jesús así la diseñó. Es misterio, comunión y misión. No se participa en la misión según un proyecto personal, sino según el proyecto de Jesús, concretado en su Iglesia. No quiso Él que cada quien inventara su camino, sino que todos caminaran por el caminar de la Iglesia, la cual, a su vez, se empeña en caminar con Él, por Él y en Él, porque Jesús es el camino de la Iglesia. Esto es lo que traduce un actuar «con sentido de Iglesia».

La comunión es intrínseca a su naturaleza, como actitud permanente. «En el Pueblo de Dios, la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí... La comunión es misionera y la misión es para la comunión» (DA 163). «No hay discipulado sin comunión» (DA 156). «La Dióce-

sis, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una comunidad misionera... Presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión» (DA 168-169). «Las Parroquias... están llamadas a ser casas y escuelas de comunión... La renovación de las Parroquias... exige... que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión» (DA 170).

«La Iglesia es comunión en el amor. Ésta es su esencia y el signo por el cual está llamada a ser reconocida como seguidora de Cristo y servidora de la humanidad. El nuevo mandamiento [de amar se unos a otros como Jesús nos ama] es lo que une a los discípulos entre sí, reconociéndose como hermanos y hermanas, obedientes al mismo Maestro, miembros unidos a la misma Cabeza y, por ello, llamados a cuidarse los unos a los otros (1Co 13; Col 3, 12-14)» (DA 161).

Un amor servicial es aquel amor al prójimo llevado al grado de sentirse siempre impulsado a ofrecer al necesitado una amable atención, hacerse cargo de su necesidad, ofrecer una palabra de comprensión y aliento, un gesto concreto de ayuda, un apoyo necesario, una promesa de oración, etc.

Hecho actitud, significa tener siempre pronta esa disposición, convertida en impulso generoso y decidido, a ejemplo de Jesús, que «no vino a ser servido, sino a servir y a dar la vida en rescate por todos» (Mt 20,28). Es un rasgo evangélico esencial para todo aquel que quiera en verdad hacerse un genuino discípulo misionero de Jesús.

«Los discípulos misioneros de Jesucristo tenemos la tarea prioritaria de dar testimonio del amor a Dios y al prójimo con obras concretas» (DA 386). Necesitamos conformar y mantener siempre viva y actuante una infatigable actitud de poner en práctica ese amor que nos hace «contemplar en los rostros sufrientes de nuestros hermanos el rostro de Cristo, que nos llama a servirlo en ellos» (DA 393).

La espiritualidad de comunión y participación es principio educativo y «actitud de apertura, diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos» (DA 368). «Se trata de salir de nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y

confianza a la misión de toda la Iglesia» (DA 363). «Una descentralización de los servicios eclesiales, de modo que sean muchos más los agentes de pastoral que se integren a esta misión, teniendo en cuenta las categorías profesionales» (DA 518 n).

Construyamos «una comunidad que programe, realice y evalúe, en comunión y participación, una pastoral realista, clara e incisiva, teniendo siempre en cuenta la realidad circundante, la ilumine con el Evangelio interpretado por la Iglesia, como profecía que anuncia y denuncia y desemboque en la personalización de la fe de los creyentes y en la transformación de los ambientes, orientada hacia objetivos definidos (cf DA 518 i, 215)» (V PDP 138c).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Dios Padre, fuente y origen de todo don, ama desde siempre a su Iglesia, pues en Él encuentra su inicio esta familia que es nuestra parroquia, porción de la Iglesia universal. En Ella se goza tu Hijo amado, y no deja de revestirla continuamente con su gracia, adornándola como a esposa predilecta que se entrega a su esposo. En su seno, como un día en las entrañas virginales de María, el Espíritu Santo no cesa de prolongar la encarnación, haciéndola virginalmente fecunda para dar a luz a Cristo en el mundo. Oremos diciendo:

R. Bendícenos y santifícanos, Señor-

- 1.- Por nuestro obispo y sus intenciones. Concédete, Señor, la abundancia de los dones de tu Espíritu para que sea siervo fiel en el desempeño de su ministerio episcopal. Acrecienta su caridad sacerdotal para que sea buen pastor en el cuidado solícito de su pueblo. **Oremos.**
- 2.- Por nuestra Diócesis: Tú, Señor, que haces de ella el ámbito natural para el nacimiento y maduración de todos los carismas: santifica a todos sus miembros e instituciones, fortalece entre todos los vínculos de unión y de mutuo servicio, acrecienta nuestros lazos de comunión con el Papa Francisco. **Oremos.**
- 3.- Por los sacerdotes de nuestra diócesis. Acrecienta en número y santidad a los que Tú llamas

al ministerio sacerdotal. Que madure en ellos el amor y el servicio hacia el Evangelio que predicar y en su vida sepan encarnar los misterios que celebran. **Oremos.**

- 4.- Por todos los consagrados de nuestra diócesis. Que, a través de sus compromisos de pobreza, virginidad y obediencia, su vida resplandezca por la alegría de su entrega y sean fuente continua de santificación para la Iglesia y el mundo. **Oremos.**
- 5.- Por todas las familias de nuestra diócesis. Bendice, Señor, la fecundidad y entrega generosa de los esposos, acompaña sus trabajos y desvelos en la formación de sus hijos. Que nuestros hogares sean, a imagen del tuyo en Nazaret, núcleos de evangelización que contagien a muchos la alegría del Evangelio. **Oremos.**
- 6.- Por los adolescentes y jóvenes de nuestra diócesis: Que encarnen en sus vidas los valores del Evangelio, que respondan con prontitud y generosidad a la llamada de Cristo, y anuncien su fe con valentía en todos los ambientes. **Oremos.**
- 7.- Que el Señor nos conceda la santidad, fecundidad apostólica y afán generoso de servir a la Iglesia. Que nuestro corazón se asemeje al Corazón materno de María e irradie la ternura de Dios en las almas. **Oremos.**
- 8.- Por los que más sufren, en el alma o en el cuerpo, a los que viven en soledad, a los que no tienen consuelo. Descienda sobre ellos, Señor, la bendición de tu Espíritu para que alivie sus cargas, dulcifique sus sufrimientos, sostenga su ánimo y abra sus corazones a la esperanza del Padre. **Oremos.**
- 9.- Por todos nuestros difuntos: Que el Señor les purifique de todas sus faltas y lleguen a participar plenamente de la contemplación y alabanza perfectas que gozan ya los ángeles y la multitud de todos los santos. **Oremos.**

Escúchanos, Padre, y manda ese mismo Espíritu sobre nuestras comunidades, para que, en permanente Pentecostés, no cese de anunciar al mundo el don inmenso de tu amor. Por Jesucristo nuestro Señor.

4. LLENOS DE MOTIVACIONES SOBRENATURALES

*¡Alégrese y llénense de gozo en ese día,
porque la recompensa de ustedes será grande en el cielo!
(Lc 6,23).*

La esperanza cristiana nace de la confianza en la persona de Jesús: adhesión, fidelidad y seguridad en su Palabra, en las promesas de vida eterna que ofrece a cuantos sean capaces de optar con libertad y coherencia por Él, y su proyecto de vida y salvación que conocemos como Reino de Dios.

«Yo he venido al mundo como la luz, para todo el que crea en mí, no siga en tinieblas. No seré yo el que condene al que escuche mis palabras y no haga caso de ellas; porque yo no he venido para condenar al mundo, sino para salvarlo... Porque yo no hablo en virtud de mi propia autoridad: es el Padre, el que me ha enviado, quien me ordenó lo que debo decir y enseñar. Y sé que sus mandamientos llevan a la vida eterna. Por eso yo enseño lo que he oído al Padre» (Jn 12,46-50).

Las promesas de Jesús no son para un futuro, muchas veces incierto; son don y gracia actualmente. Las bienaventuranzas (Mt 5,1-11) se encuadran en dos para el presente: «Dichosos los pobres de Espíritu porque suyo es el Reino de los cielos» (v. 3) y «Dichosos los perseguidos por la justicia (hacer la voluntad de Dios), porque de ellos es el Reino de los cielos» (v. 10). El tema de la *vida* en el Evangelio de *San Juan* (comunión de vida eterna con Dios en Cristo) es un don que se

participa, vive y comparte ya desde este mundo: «El Pan de Dios viene del cielo y **da** la vida al mundo» (6,3); «Mi Padre quiere que todos los que vean al Hijo y crean en él, **tengan** vida eterna y yo los resucitaré» (v. 47): «El que come mi carne y bebe mi sangre **tiene** vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (v. 54); «El que come mi Carne y bebe mi Sangre **vive** en mí y yo en él» (v. 56).



En Cristo se inaugura la realización del Reino, aunque hasta su segunda Venida alcanzará su plenitud el proyecto salvador de Dios. Por eso el bautizado aguarda esa plenitud, consciente de que posee, ya desde ahora, la prenda de la vida eterna por el don del Espíritu Santo, pero aguarda con la esperanza puesta en plenitud escatológica (de los últimos tiempos), en la consumación definitiva del reinado eterno de Dios.

Esta confianza no es estática, esperar con los brazos cruzados a que se cumplan esas promesas, al contrario, es confianza que conduce a la fidelidad a esa Palabra en la vida concreta, conscientes de que vale la pena comprometer la propia existencia en construir el Reino ya desde este mundo, porque la Promesa de Jesucristo nos da certeza, aún en los momentos más difíciles y adversos,

incluso en ciertas situaciones que parecen contradecir la veracidad de estas promesas.

Una actitud positiva hace que todo fluya de manera simple y natural. Por eso resulta tan importante mantener una actitud positiva sin importar las circunstancias. Cuanto más grandes sean los problemas y más crítica sea la situación, más valor aportará una actitud positiva frente a lo que la vida te presente. Es la función de la motivación.

¿Qué es una motivación? Los estímulos que mueven a la persona a realizar determinadas acciones y persistir en ellas para su culminación. Es lo que explica el «por qué» de nuestro comportamiento: motivo, razón, causa, expectativa, algo que suscite la iniciativa.

El comportamiento sigue una dirección impresa antes de que se manifieste. Se relaciona con voluntad e interés, capaces de «mover» al sujeto. Es la voluntad para hacer un esfuerzo por alcanzar las metas, condicionado por la capacidad de esfuerzo y la posibilidad de satisfacer alguna



necesidad personal. En cada motivación encontramos elementos emocionales y racionales, incluso inconscientes. Es una combinación de procesos intelectuales, fisiológicos y psicológicos que, en una situación dada, decide con qué vigor se actúa y en qué dirección se encauza la energía.

Lo contrario es la «desmotivación»: un sentimiento o sensación marcados por la ausencia de esperanzas o por la angustia a la hora de resolver obstáculos, que genera insatisfacción y se evidencia en disminución de energía e incapacidad de experimentar entusiasmo. Es consecuencia normal en quien ve limitados o no realizados sus anhelos por distintas causas. Se caracteriza por pensamientos e ideas pesimistas y un estado de desesperación tras experimentar un intenso

desánimo, a raíz de la multiplicación de vivencias negativas (aunque sean experiencias enfrentadas por otros), y por la sensación de no tener la capacidad necesaria para alcanzar objetivos. Puede dañar si es recurrente y prolongada en la vida de una persona, hasta poner en riesgo su **salud**.

Nuestra visión de la vida está formada por una serie de valores interiorizados y vividos. La toma de conciencia de la ambivalencia de motivaciones no debe preocupar, sino debe empujarnos a descubrir motivaciones no auténticas o valores inferiores en la escala asumida. Para sentir la motivación día tras día, cada hora, cada minuto, ayuda un recordatorio externo. Es necesario ejercitar, practicar, volver a la

actitud positiva una y otra vez. Aun sabiendo que el entorno nos distrae, que quienes nos rodean no siempre acompañan nuestras intenciones, que las noticias pueden minar el optimismo, que los problemas aparecerán. La práctica constante, consciente, perseverante, lleva a cambios

de hábitos negativos por hábitos positivos. Está en nuestras manos modificar hábitos negativos en positivos, hasta llevarlos a cabo de manera automática. Sentir motivación, alegría de vivir, entusiasmo, pasión y empuje con la misma intensidad que antes sentíamos angustia, malestar, tristeza, enojo, irritabilidad y dejadez.

La fe y las creencias empapan toda la vida de uno, así que una persona creyente aduce como motivo principal razones basadas en su religión. Todas las religiones, todos los libros sagrados, todas las formas de vida religiosa y predicaciones de sus dirigentes, están llenas de motivaciones. Un motivo fuerte es consagrarse a Dios para la propia realización, buscada incluso en la renuncia a otros bienes. Fuimos llamados a una misión de servicio

que exige olvido de sí y de los propios intereses. El progreso en la vida espiritual está ligado a un esfuerzo ascético que se contrapone a la tendencia egocéntrica a la autocomplacencia.

Puede también mover a una persona al seguimiento de Cristo el interés por una formación integral para ayudar a la Iglesia en sus necesidades, la aspiración de servir a los demás con desinterés y donación sincera, la búsqueda de santidad personal... Pero son incapaces de polarizar toda la existencia y darle sentido profundo y pleno.

Si algo estuviera desligado de Cristo, carecería de sentido, sería vacío e inútil. Sobre todo los jóvenes tienen necesidad de ser estimulados hacia los altos ideales del seguimiento de Cristo y las exigencias profundas de la santidad, en vista de una vocación que los supera y va más allá del proyecto inicial que los empujó a entrar en un apostolado. Poner en marcha un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre.

Quien ha comprendido y valorado el significado de su elección en Cristo, para tener parte en el Reino, ya desde ahora, y ya desde aquí, ¿cómo podrá ser vencido por la cobardía, el miedo, el temor? Tiene miedo y es cobarde el que tiene algo que perder, pero el que se sabe ya vencedor con Cristo en Dios, qué puede perder ¿la vida?, o ¿algo más?, ya no, porque su vida está en Cristo en Dios:

«Entiendo por los demás, que los padecimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que un día se nos revelará... Si Dios está con nosotros, ¿quién estará con nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él?... ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Y a lo dice la Escritura: ‘Por tu causa estamos expuestos a la muerte cada día: nos consideran como oveja destinada al matadero’. Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier

clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,18.31-33.35.39).

La esperanza cristiana se vive y manifiesta en la vida diaria, a diferencia de las actitudes evasivas e irresponsables de no enfrentar al lucha diaria y esperar una solución mágica. Para san Pablo, en consonancia con la enseñanza de Jesús (cf. Lc 21,33-36), la capacidad de resistencia en la lucha, de mantenerse firme en medio de la tribulación y en constante vigilancia, es una de las características más importantes de la vida cristiana (cf. 1Co 4,9; 2Co 1,3-7).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Alegres porque el Señor nos da todos los días motivos suficientes para vivir con alegría el Evangelio, invoquémoslo pidiendo trabajar por su Reino. Respondemos a cada invocación:

R. Señor, haznos dignos colaboradores tuyos.

- 1.- Para que el Señor fortalezca a los que sufren conflictos y persecuciones a causa del Evangelio. ***Roguemos al Señor.***
- 2.- Para que los cristianos que están siendo martirizados, en diversos lugares del mundo, sientan la cercanía, la oración y la solidaridad de todos los cristianos y de todas las personas de buena voluntad. ***Roguemos al Señor.***
- 3.- Para que a quienes están en crisis no les falte el consuelo, la fortaleza y el gozo del Espíritu, y sus sufrimientos, unidos a los de Cristo, atraiga la conversión de quienes los ignoran o persiguen. ***Roguemos al Señor.***
- 4.- Por los responsables de la naciones. Para que hagan posible la colaboración de todos los ciudadanos desde sus convicciones religiosas. ***Roguemos al Señor.***
- 5.- Para que sea una realidad en nuestro mundo la libertad religiosa de todos los seres humanos. ***Roguemos al Señor.***

Escucha, Padre santo, nuestras súplicas, y haz que tengamos siempre motivaciones elevadas para trabajar por implantar tu Reino en nuestro ambiente. Por Jesucristo nuestro Señor.

5. SOCIOS DE CRISTO EN SU PROYECTO DE SALVACIÓN

*«Porque nosotros somos colaboradores en la labor de Dios,
y ustedes son el campo de cultivo de Dios, el edificio de Dios»
(1Co 3,9).*

Estamos involucrados en un proceso, por decisión libre y gratuita de Dios, que conduce la historia humana hacia su plenitud en Cristo y por Cristo: la historia de la salvación (cf. Ef 1,3-10). Eso pide asumir una participación activa y corresponsable en este proyecto de Dios, que quiere conducir la historia humana, fruto de las decisiones y de la libertad humana, por el camino de la Historia de la Salvación. Es necesario que las decisiones de los hombres se vayan comprometiendo con el proyecto de Dios en lo concreto de la vida; así la historia de cada pueblo, de cada familia, de cada persona se convertirán en parte de esa Historia de Salvación.

Ya la venida de Jesucristo y su Misterio Pascual han abierto el camino a la realización del proyecto de Dios en el mundo y para todo el mundo. Pero es la respuesta y decisión de cada uno, y de todos como pueblo de Dios, lo que hará posible que este regalo de Dios se haga realidad en las diferentes personas y pueblos. Por eso la esperanza del Reino y la realización de las promesas de Dios comprometen radicalmente al bautizado en la construcción del proyecto de Dios, pues Él ha querido en su amor y providencia que el hombre participe y colabore en la realización de su reinado en el mundo.

En la medida en que se tenga una experiencia de Dios, una relación de confianza y de adhesión a Él, y la seguridad de que Dios es el Señor de la Historia y en sus manos siempre estamos seguros –aun por encima de las diferentes y cambiantes situaciones de la vida–, en esa misma medida se espera que Él no fallará ni defraudará en sus promesas.

«La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve» (Hb 11, 1). Sostuvo la esperanza de nuestros antepasados y por Cristo alcanza su plena justificación. «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, a través de la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho renacer para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable. Una herencia reservada en los cielos para ustedes, a quienes el poder de Dios guarda mediante la fe para una salvación que ha de manifestarse en el momento final» (1P 1,3-5).

El Evangelio de Jesús es proyecto de salvación y vida, es reclamo de conversión, no de condenación, está destinado a todos sin distinción y será la decisión de cada uno lo que permita que este don se haga realidad en su vida. No toca al «enviado» juzgar, ni condenar; su misión es anunciar con palabras y obras íntimamente unidas la salvación ya presente en el mundo, por Cristo que sigue salvando a través de su cuerpo que es la Iglesia y a quien Él ha confiado su espíritu para cumplir esta misión. El anuncio recibido no es una doctrina ni una ideología, sino una Persona: Jesús el Hijo de Dios que, aceptado en el corazón por la fe, ahora crece en sus entrañas por obra del Espíritu Santo. La íntima relación que existe entre Fe, Esperanza y Caridad son rostros de la comunión vital con Dios; por Cristo en el Espíritu Santo cada una tiene su peculiaridad, pero son aspectos de la única acción salvadora de Dios en el corazón humano.

Una fe mágica que no compromete la vida espera que Dios resuelva las situaciones difíciles con ciertos ritos, a mi gusto, y sin que yo comprometa mi vida con el Dios de Jesucristo. Una fe

psicológica que sólo busca sentir bonito y conservar tradiciones genera una esperanza apoyada en eventos e ideas de la mayoría, sin buscar si tienen razones, no en la Palabra de Dios, ni asume las consecuencias de comprometerse en el proyecto histórico que Dios tiene para cada persona y para cada comunidad. Una fe moralizante produce esperanza sólo para el futuro: para comprar la vida eterna hay que hacer méritos, actitud egoísta que poco tiene que ver con el compromiso solidario del Reino de Dios, en esta vida, y en comunión con los hermanos. Una visión intelectualista de la fe no es capaz de comprometer la vida con el camino de Jesucristo, y al venir los problemas, tentaciones, adversidades, se le abandona, pues no confía en Él.

Hacia el final del *Apocalipsis* encontramos que el triunfo del *Cordero inmolado* es irreversible, aunque aparentemente se den situaciones de persecución y momentos en que parece que toda la historia va al fracaso. El discípulo y la Iglesia viven con la confianza y esperanza de ver llegar y anticipar en cierta medida el triunfo de Cristo y participar en las bodas del Cordero: «Oí luego algo así como la voz de una inmensa muchedumbre, como la voz de aguas caudalosas, como la voz de truenos fragorosos. Y decían: ¡Aleluya! El Señor Dios nuestro, el todopoderoso, ha comenzado a reinar. Alegrémonos, regocijémonos y démosles gloria, porque han llegado las bodas del Cordero. Está engalanada la esposa, vestida de lino puro, brillante. El lino que representa las buenas acciones de los creyentes. Entonces alguien me dijo: Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. Y añadió: Palabras verdaderas de Dios son éstas» (Ap 19,6-9).

Eso pide tener el Evangelio enraizado en el corazón y en los labios. Ser misionero «para proclamar el Evangelio de Jesucristo» (DA 103). Jesús es el Evangelio de Dios (cf Rm 1,3). Acoger a Jesús en nuestro corazón, acoger su Evangelio, con fervoroso amor e inmenso anhelo de anunciarlo gozosamente con nuestra palabra e irradiarlo con nuestra vida y nuestro testimonio, con el «ímpetu interior» de «la multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia»...

«Ojalá el mundo actual... pueda así recibir la Buena Nueva [el Evangelio], no a través de

evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo ellos mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo» (DA 552).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Oremos, hermanos, por las necesidades de la santa Iglesia y de todo el mundo, y encomendemos especialmente a nuestros agentes de pastoral y demás colaboradores de buena voluntad. Y digamos:

R. Oh Señor, escucha y ten piedad.

- 1.- Por la santa Iglesia, para que aumente su fe, se ensanche su esperanza y crezca su amor y Dios le conceda ser siempre la esposa fiel de Jesucristo. **Roguemos al Señor.**
- 2.- Por la paz de todo el mundo, para que cesen las ambiciones, desaparezcan las injusticias y enemistades y brote por todas partes el amor y la paz. **Roguemos al Señor.**
- 3.- Por cuantos trabajan por el Reino de Dios, para que el Espíritu Santo los llene con su gracia y haga de su vida un signo vivo del amor de Jesucristo a su Iglesia. **Roguemos al Señor.**
- 4.- Para que sean siempre fieles al Señor, admirables por su piedad y honradez, amen a su comunidad como Cristo ama a su Iglesia, atentos a honrarla como su alegría -y su ayuda. **Roguemos al Señor.**
- 5.- Para que cuiden bien de la Iglesia como de su familia, llenos de prudencia, administren bien su servicio, prosperen todos sus trabajos y merezcan que confíe en ellos el corazón de los fieles. **Roguemos al Señor.**
- 6.- Por las familias que sufren a causa de las enfermedades, por las que no tienen el pan necesario o viven lejos de sus hogares, para que el Señor sea su auxilio y su ayuda. **Roguemos al Señor.**
- 7.- Por quienes han muerto en la esperanza de la resurrección, para que Cristo los acoja en su

- reino y los revista de gloria y de inmortalidad. ***Roguemos al Señor.***
- 8.- Por nuestros bienhechores, para que Dios les conceda salud, paz y trabajo, y en la alegría y la tristeza, en la serenidad y la angustia, en la enfermedad y la muerte, sea su apoyo y esperanza. ***Roguemos al Señor.***
- 9.- Por los candidatos a un ministerio eclesial, para que no sean insensibles a las necesidades y dolores de la gran familia humana. ***Roguemos al Señor.***
- 10.- Para que colaboremos juntos en la edificación de un mundo mejor y más justo. ***Roguemos al Señor.***
- 11.- Para que nunca nos falte trabajo, tengamos una vivienda digna, seamos buenos ciudada-

nos respetados por la sociedad. ***Roguemos al Señor.***

- 12.- Para que las preocupaciones y problemas de la vida no nos aparten de Dios y en los momentos de dificultad sepamos perdonar y perdonarnos. ***Roguemos al Señor.***
- 13.- Por todos los hogares de la tierra, por todos los esposos, los padres y los hijos, por los ancianos y los huérfanos, por las familias que no tienen hogar o carecen de los recursos necesarios, y por los que viven separados. ***Roguemos al Señor.***

Escucha, Padre, nuestras plegarias, y haz que la paz de Cristo se extienda a toda la familia humana, y los que ejercen un servicio sepan subordinar los intereses particulares al bienestar de todos. Por Jesucristo nuestro Señor.

6. OFRECEMOS UN SERVICIO A LA VIDA CON EL FERVOR DE LOS SANTOS

«Teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe»

(Heb 12,1-2)

La finalidad del llamado a la misión es «que nuestros pueblos en Él tengan vida». El cristianismo no es renuncia, sufrimiento ni limitación de legítima felicidad; la vitalidad de Cristo invita a ampliar nuestros horizontes (cf. DA 357). Todo lo que hacemos es para comunicar vida, y que la gente lleve vida digna, plena y feliz.

Se transforma en una actitud de ponerse al servicio de la plenitud de vida que Jesús nos ha venido a comunicar, en favor de los que no la tienen, o ya la perdieron, o no la han desarrollado (DA cap 7). No basta el encuentro con Jesús, es necesario ayudar a madurar, a quienes lo han encontrado, la decisión de seguirle (decisión de hacerse discípulo) y anunciarle. La palabra «ani-

mar» proviene de «anima» = alma, principio de vida. Se trata de dar ánimo, infundir vida, comunicar aliento, espíritu, respiro de vida, dinamismo y vitalidad. Supone un salto de calidad en nuestra labor pastoral, conscientes de que el discipulado madura la posibilidad de un seguimiento verdadero; madura y se traduce en compromiso vital inserto en la vida de la comunidad cristiana.

La palabra «vida» aparece 631 veces en el Documento de Aparecida (es la que más se repite) y está en el título de sus tres partes. Pero sin lo divino no se comprende la vida: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). «En Él estaba la vida y la vida era la luz

de los hombres» (Jn 1,5). Jesús es plenitud de vida; no anula anhelos de plenitud vital, pues ama nuestra felicidad también en la tierra. Su vida nueva toca al ser humano entero y desarrolla la plenitud de la existencia humana, sanando, fortaleciendo y humanizando. Desarrolla todas las dimensiones de nuestra existencia (cf. DA 355-356).

«La propuesta de Cristo a nuestros pueblos, contenido fundamental de la misión, es la oferta de una vida plena para todos. Doctrina, normas, orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, transparenta esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo para cada hombre y mujer» (DA 361).

Incluye «la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, todo lo que el Padre nos regala como signos de su amor sincero» (DA 356).

Esa vida exige la promoción integral del ser humano, y reclama estructuras justas para que todos puedan vivir bien. Responde al carácter vitalista de nuestros pueblos, y a los anhelos de una vida plena a la cual hallar sentido en esta crisis cultural.

«Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo» (DA 362). «La vida [en Cristo] se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión», afirma Aparecida (DA 360). Se necesita alimentarla y hacerla madurar primero en nosotros: cultivar el amor a Dios y al prójimo, hasta el grado de estar dispuestos a dar la vida por nuestros hermanos, al estilo de Jesús.

Somos llamados a estar en contacto directo y cercano a muchas personas y grupos humanos frágiles, excluidos, olvidados, abandonados o resentidos: enfermos, discapacitados, mutilados, ancianos abandonados, inmigrantes, que sufren la crisis y violencia, necesitan catequesis, víctimas de discriminación, que dejaron de practicar la fe católica, empobrecidos, inutilizados. En ellos encontramos a Cristo: «Lo que hagan a uno de estos

mis hermanos más pequeños, a mí me lo hacen» (Mt 25,40.45).

La fuente de dicho amor «al estilo de Jesús» es «la Eucaristía, fuente y cumbre de toda actividad misionera» (DA 363); y, unido a ella, necesitamos «asegurar cálidos espacios de oración comunitaria, que alimenten el fuego de un ardor incontenible...» (DA 362), el «nuevo ardor» que exige la «nueva evangelización».

«Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera... El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana» (DA 284). «[El párroco] debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados...» (DA 201).

La mejor motivación viene del interior, más que de una recompensa externa: deseos de autorrealización personal, placer de hacer una actividad. Como quien está en «Estado de Flow», es decir, se mete tanto en una acción, que pierde la noción del tiempo y tiene sensación de máxima realización placentera. Experimentar esa vida divina en nosotros, que plenifica nuestras potencialidades. No se limita a cumplir los mínimos necesarios, sino se involucra personalmente en lo que hace y decide poner en ello gran parte de su empeño. Irradiar vida porque hemos contemplado y experimentado la Vida.

Tener el ardor y la audacia de los Apóstoles y los Mártires es distintivo importante del auténtico discípulo misionero y característica imprescindible de su estilo de vida, que debe concretarse en una recia y decidida actitud en su actividad. «Nuestras comunidades llevan el sello de los Apóstoles y, además, reconocen el testimonio cristiano de tantos hombres y mujeres que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires... Los cristianos de hoy recogemos su herencia y nos sentimos llamados a continuar con renovado ardor apostólico y misionero el estilo evangélico de vida que nos han transmitido» (DA 275).

Es necesario recobrar «el valor y la audacia apostólica» (DA 552). «Pablo, el evangelizador

incansable, les ha indicado [a los discípulos] el camino de la audacia misionera...» (DA 273). «...La pasión por anunciarlo [a Jesús] requiere que la Iglesia Particular se renueve constantemente en su vida y ardor misionero» (DA 167).

«María Santísima es la presencia materna indispensable y decisiva en la gestación de un pueblo de hijos y hermanos, de discípulos y misioneros de Cristo» (DA 524).

«Detenemos la mirada en María y reconocemos en Ella una imagen perfecta de discípula misionera. Ella nos exhorta a hacer lo que Jesús nos diga (ver Jn 2, 5) para que Él pueda derramar su vida en América Latina y El Caribe. Junto con Ella, queremos estar atentos una vez más a la escucha del Maestro y, en torno a Ella, volvemos a recibir con estremecimiento el mandato misionero de su Hijo: ‘Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos’ (Mt 28, 19)» (DA 364).

«Que nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como Ella lo hizo en el misterio de la anunciación y encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en el camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel...» (DA 553)

Propuestas para la Oración de los fieles:

Sobre todo los miembros de la Iglesia debemos acoger con gozo el llamado de proclamar, celebrar, y servir al Evangelio de la Vida, pues formamos el Pueblo de la Vida, llamado a dar un alegre y convincente testimonio de que cada vida humana proviene de Dios, le pertenece a Dios, y está hecha para regresar a Dios. Invoquemos a nuestro Dios diciendo:

***R. Escúchanos,
Señor de la vida.***

1.- Que la Iglesia, llamada a optar siempre por los más pobres, cumpla su misión de promover la vida con fe y alegría, defienda a los no nacidos, que son los hijos de Dios más indefensos, a las víctimas del aborto, del infanticidio, y de la eutanasia. ***Roguemos al Señor.***

2.- Que los artistas, de todo género, utilicen sus talentos para defender la vida, los legisladores no permitan la destrucción de la vida inocente, y todos evitemos la tentación de resolver los problemas recurriendo a la violencia, particularmente en contra de la vida humana en sus etapas más vulnerables. ***Roguemos al Señor.***

3.- Que en el Espíritu de hermandad, demostrado por Nuestro Señor, acojamos a los pobres, los no nacidos, los enfermos, los moribundos y todos aquellos que esperan ser ejecutados por haber recibido la pena capital. ***Roguemos al Señor.***

4.- Que las madres embarazadas con riegos o miedo, o son abatidas por la tentación del aborto, puedan con la ayuda de la Iglesia, encontrar la fuerza y el valor que necesitan para dar luz a la vida, y encuentren en la Comunidad recursos para proteger la vida que se le encarga. ***Roguemos al Señor.***

5.- Que Dios bendiga a todos los cirujanos, enfermeras, y a todo tipo de personal que trabaja en el área de salud, y les ayude a que utilicen sus talentos en favor de la promoción de la vida y no de la muerte ni de la destrucción. ***Roguemos al Señor.***

6.- Que cuantos trabajan en los movimientos en favor de la vida, sean motivados con gran celo hasta el gran día de la victoria, Dios los fortalezca en su luchan y soporten ser ridiculizados, rechazados e incluso injustamente aprisionados. ***Roguemos al Señor.***

7.- Que por nuestra presencia y cuidado de enfermos y moribundos, podamos dar testimonio de que toda la vida tiene valor y demostrarle al mundo entero que no existe nadie que no valga nada. ***Roguemos al Señor.***

8.- Que los enfermos que sufren depresión, puedan experimentar el cariño de la Comunidad Cristiana y tengan el valor de encontrar a Dios dentro del propio sufrimiento. ***Roguemos al Señor.***

Tú, Señor, que eres la fuente de la vida y la misma vida, escucha nuestras plegarias y haz que llevemos vida a nuestro derredor. Por Jesucristo nuestro Señor.

7. EN CONVERSIÓN PASTORAL

*«Ya que este pueblo ha quebrantado mi alianza,
y no ha escuchado mi voz,
no arrojaré de su presencia las naciones que dejó Josué»
(Jue 2,20-21).*

Entrar en el dinamismo de una misión permanente supone un camino para formar un corazón de discípulo misionero en nosotros. Exige una conversión pastoral, es decir, la audacia de hacer más evangélica, discipular y participativa, la manera como pensamos y realizamos la pastoral. *«La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir 'lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias' (Ap 2,29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta» (DA 366).*

La amistad con Cristo hace tomar conciencia de lo que no anda bien en la propia vida, para iniciar la metamorfosis hacia un nuevo ser y un nuevo actuar al estilo de Jesús. Esta conversión es a la vez obra de la gracia y del esfuerzo de la persona por pensar y vivir de acuerdo a ese estilo de vida. La espiritualidad no es una suma de principios y normas, sino enamoramiento de Jesús y de su proyecto, que nos lleva a revisar nuestras actitudes e ir cambiando nuestra forma de reaccionar y actuar.

Jesús invita a seguirle, y estar con Él genera una nueva actitud existencial de profunda amistad y compromiso con Él. Se trata de ir madurando en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús: su persona, su ejemplo, su mensaje, su causa. Supone una ruptura con su proyecto de historia personal y comunitaria para orientarse hacia el proyecto de Dios propuesto por Cristo. Al ir adentrándose en esos contenidos, va forjando una personalidad cristiana.

Es absolutamente necesario asumir las exigencias de una verdadera y profunda actitud de conversión pastoral. *«La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor»... (DA 368).* *«Exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera... para que, con nuevo ardor misionero... la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera» (DA 370).*

«Se hace siempre más importante y urgente radicar y hacer madurar en todo el cuerpo eclesial la certeza que Cristo, el Dios de rostro humano, es nuestro verdadero y único salvador (DA 22). Cada bautizado, en efecto, es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo (DA 162). En el Pueblo de Dios, la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí... La comunión es misionera y la misión es para la comunión» (DA 163).

Como la diócesis es la unidad pastoral para realizar la misión, debe haber una conversión hacia la Iglesia Particular y hacia su proceso de pastoral orgánica, inclusiva y participativa. En este camino *deben participar todos los bautizados y bautizadas*, como discípulas y discípulos misioneros: en torno al Obispo, consagrados, ministros ordenados, todos los laicos, equipos pastorales, movimientos, colegios e instituciones. *«Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abando-*

nar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe» (DA 365).

Esta conversión pastoral y eclesial debe «reflejarse en todos los planes pastorales como una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy, con indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, deformación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura» (DA 371).

Tanto en la gestación de estos planes como en su realización deben participar con voz y voto todas las expresiones de vida apostólica y espiritual que hay en la diócesis, especialmente el laicado masculino y femenino, respetando los ámbitos de decisión correspondientes, como algo normal en la Iglesia del Señor, pues promueve la corresponsabilidad. Son planes pastorales de toda la Iglesia y de todos en la Iglesia, abiertos a discernir «lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias».

La pastoral se hace de cara a la historia, tratando de responder a sus desafíos y procurando tocar el corazón de las personas y el corazón de las culturas (cf. DA 367). Es paradigmática la actitud pastoral de las primeras comunidades que, desde su debilidad y pobreza, sufriendo persecución y muerte, supieron encontrar caminos para evangelizar e incidir en las culturas de su tiempo (DA 369). Esta fidelidad y audacia apostólicas implica necesariamente para nosotros «reformas espirituales, pastorales y también institucionales» (DA 367).

*Llevar a cabo esta hermosa tarea, nos exige vivir «la espiritualidad de la comunión» en los términos tan ricos y precisos expresados por el Papa Juan Pablo II en *Novo Millennio Ineunte*. «De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor» (NMI 43).*

Esta nueva manera de hacer pastoral debe tener en cuenta la pastoral de salida, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, para llegar a las periferias existenciales, para saber dialogar con los no creyentes que hay en nuestras Iglesias Particulares y para formar discípulos misioneros, laicos y consagrados, que se hagan anunciadores del Evangelio a otros hermanos y incluso en otras tierras.

En síntesis: la conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que «el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial» (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera» (DA 370).

Esto requiere una evangelización más misionera, en diálogo con todos los cristianos y al servicio de todos los hombres (DA 13); e implica escuchar con atención y discernir lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta (DA 366). Optar por un proceso de renovación para construir una Iglesia misionera; priorizar la actitud de escucha, diálogo y acogida.

Revisar los planes, programas y metas pastorales, a la luz de este espíritu de renovación pastoral en vista de la misión permanente. Revisar críticamente estos planes, programas y metas de la doble perspectiva: ¿nos acercan a un encuentro personal con Jesucristo? ¿cómo? ¿nos llevan a salir personal y comunitariamente de nosotros mismos hacia los demás? ¿Cómo?

Para estructurar un proceso que tenga continuidad, establecer una planeación a mediano y largo plazo. El proceso de evangelización es circular, porque sus momentos se repiten, impulsándose y alimentándose uno al otro; y es, a la vez, una espiral que avanza haciéndose cada vez más amplia y profunda.

Iniciar un proceso de revisión del proceder de los organismos diocesanos en su trabajo conjunto, su transversalidad e interlocución, su articulación y vinculación, buscando simplificar la estructura y

hacer más directos y participativos sus procedimientos de servicio subsidiario.

Darle un especial impulso a la maduración de las *instancias de consulta* en la estructura y organización eclesial para favorecer un ambiente de escucha y diálogo. Estar *atentos y receptivos a la voz del Espíritu* que se deja oír a través de las situaciones humanas y sociales de nuestros pueblos, promoviendo *encuentros con líderes y organizaciones sociales* que buscan el bien común, para que la acción misionera se geste llena de cercanía y sencillez hacia todos.

Profundizar la *espiritualidad de comunión y participación* en todas las comunidades. Convocar sistemáticamente a los *diversos carismas* presentes en la Iglesia. Organizar encuentros y retiros donde se reflexione la *espiritualidad de comunión y participación* y sus consecuencias en la vida de las comunidades y en la práctica pastoral. Tener como estrategia pastoral la *integración y organización de equipos eclesiales*, donde estén presentes los distintos carismas. Convocarlos especialmente para que participen en la planeación del itinerario de la misión.

En conclusión: Para convertirnos en una Iglesia misionera necesitamos avanzar en la conversión pastoral. Esto significa abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe, impulsando la renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales, mediante una actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Buscando, hoy más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad, que son una urgencia pastoral (cf. DA 365 - 368).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Tenemos la certeza que Dios siempre escucha nuestras plegarias, vuelve su rostro hacia nuestras miserias, ve nuestras opresiones y esclavitudes. Acudamos a él para que con mano poderosa y brazo fuerte, nos de su sabiduría y fuerza para vivir una auténtica conversión; en este momento en que nues-

tra patria sufre la violencia que se ejerce sobre la dignidad de las personas y que clama al cielo el don de la justicia y de la paz. Después de cada petición respondemos:

R. Dios de Amor, concede la paz y la reconciliación a nuestros pueblos.

- 1.- Padre Eterno, que nos has mostrado tu Amor, haz que experimentemos que de la vivencia de la Eucaristía brota la fuente de la paz, que nos hace instrumentos tuyos de pacificación y fraternidad. **Oremos.**
- 2.- Padre de Misericordia, que en la Cruz de tu Hijo has reconciliado a la humanidad contigo por la ofrenda de tu Siervo, llénanos de tu infinito perdón, para que seamos misericordiosos como tú lo eres con nosotros. **Oremos.**
- 3.- Dios de bondad, te encomendamos a todos nuestros gobernantes, para que quieran escuchar y responder a las peticiones de los ciudadanos por la paz y la justicia. **Oremos.**
- 4.- Padre lleno de amor, ponemos en tu corazón de Padre a todos los adolescentes y jóvenes de todas las partes del mundo, para que crezcan en valores, buscando la paz que Dios ofrece al mundo. **Oremos.**
- 5.- Padre de Bondad, que en tu Hijo anulaste la distancia entre lo divino y lo humano, haciéndolo en todo igual a nosotros excepto en el pecado, conviértenos en mensajeros del Evangelio, Buena Noticia de Salvación, para que sean muchos los que se vean libres del odio, la violencia y la opresión. **Oremos.**
- 6.- Padre Santo, que has hecho a tu Hijo Portador de la Paz, para extender sin límites tu Reino de justicia y amor, esperanza y luz, sobre toda la tierra, haznos humildes para que reinemos con Jesús dentro de su Iglesia, para que todos encuentren en ella un lugar de consuelo, acogida, escucha y verdadera fraternidad. **Oremos.**

Dios de bondad escucha las oraciones que te hemos dirigido por todos los cristianos y todas las personas de buena voluntad, y haz que nunca perdamos la esperanza en la posibilidad de una paz profunda y duradera. Por Jesucristo nuestro Señor.

8. CON ACTITUD ORANTE Y EN FORMACIÓN PERMANENTE

*«Perseveraban unánimes en la enseñanza de los apóstoles,
en la oración, en la convivencia, en la Fracción del Pan»
(Hch 2,42).*

Todos los discípulos misioneros tienen en el Bautismo su cimiento en común, pero cada uno es llamado de forma personal y especial a desarrollar los dones que ha recibido del Espíritu. El encuentro con Jesús nos pone en el camino de la conversión personal para que podamos ser instrumentos aptos para dar testimonio del evangelio.

La formación de agentes no es un añadido al trabajo impulsado, sino el eje fundamental, la «columna vertebral» del modelo de Iglesia que requerimos para nuestra Diócesis. Recorrer el itinerario de formación para madurar como discípulos misioneros es una exigencia para responder a la misión. La formación, en efecto, es encontrarse con Cristo, conocerlo y seguirlo como discípulo; vivir la experiencia, sintiéndose parte viva de ella y, aceptar ser enviado con la fuerza del Espíritu para ser fermento del Reino.

La formación se concretiza como el proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Jesucristo. A la comunidad creyente le corresponde acompañar en ese itinerario a los que se inician en la fe y en el seguimiento de Jesús. En el itinerario se entrelazan: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión. Este proceso se implementa de manera circular o cíclica porque cada momento que lo integra es gestor del siguiente con creciente profundidad.

Los momentos del itinerario formativo maduran al discípulo misionero para que desarrolle actitudes evangélicas, aptitudes y habilidades prácticas para que sea portador de la Buena Nueva del Reino, no sólo en el lugar donde habita, sino también en los ambientes humanos que brotan del

trabajo, de la vida cultural, del esparcimiento, de la vida social y de las situaciones económicas y políticas.

Formación es el proceso de convertirse en discípulo misionero de Jesús. El núcleo de la formación es ayudar a la persona a reconocer la presencia y la voz de Jesús que vive en la ciudad. La vocación que hemos identificado para nuestra Iglesia local *es ser luz de Cristo en el medio en el cual cada uno vive y actúa.*

Es un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, bajo la guía del Espíritu Santo. Es un proceso de desarrollo cristiano; tiene una dimensión personal y otra comunitaria; despierta actitudes evangélicas, y ayuda a desarrollar aptitudes y habilidades prácticas de evangelizador, en el lugar donde viven y en los ambientes humanos (de su trabajo, vida cultural, esparcimiento, vida social, situaciones políticas y económicas...).

Tiene cinco aspectos necesarios (DA 278): Encuentro con Cristo. Conversión. Discipulado. Comunión. Misión. Para superar el divorcio fe-vida supone: volver a Cristo como centro y fundamento de la vida; reencontrarse con la Iglesia como experiencia de comunión; dar respuesta a las necesidades prioritarias.

Existe una interrelación entre evangelización y formación. La formación de agentes tiene en los momentos del proceso evangelizador la parte inicial de su itinerario. Significa acompañar e ir fortaleciendo el proceso personal de conversión que tiene su origen en el encuentro con Jesucristo vivo.

«La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la Gracia en el itinerario del discípulo misionero» (DA 255).

No una oración evasiva o desencarnada, sino el momento de mirar la historia desde el punto de vista de Cristo y con sus sentimientos, ofrecerle esa vida, y tomar fuerza para proseguir su obra para transformar la realidad.

La oración no es una ciencia esotérica, reservada a unos pocos iniciados, pero tampoco algo tan fácil al alcance de cualquiera. Nos perdemos en nuestra relación con Dios porque complicamos las cosas. La oración, dijo Teresa de Jesús, no es más que tratar de amistad con Aquel que sabemos que nos ama. Tratar a Dios como un amigo, ya que se ha hecho en Jesús un amigo nuestro, al hacerse como uno de nosotros.

La oración es tan necesaria en nuestra vida espiritual como lo es respirar para nuestra vida del cuerpo. Desgraciadamente, hoy muchos intentan encontrar a Dios a través de caminos erróneos como meditación trascendental, dianética, cienciaología, técnicas orientales de meditación y relajación, quiromancia y adivinación. Ahí se habla de espíritu, ser superior, dios cósmico presente en los elementos que conforman el universo, y ejercicios que los centran en ellos mismos, buscando sólo sentirse bien, estar en paz consigo mismo.

La oración cristiana es muy diferente, porque es un encuentro de persona a persona: nosotros hablamos con Dios que nos creó, nos conoce y nos ama. Nuestro Dios es un ser personal, no algo etéreo como la energía del cosmos o el universo. Es un Dios con el que podemos dialogar de persona a persona porque nos conoce a cada uno y sabe qué es lo que necesitamos. Dios es un Padre que nos ama en el Hijo por el Espíritu Santo, y mediante la oración nosotros participamos de su amor y vida. Es un Padre que llena de bendiciones a sus hijos. La oración cristiana da frutos, en uno mismo y con los demás, nos hace crecer en el amor a Dios y a los hombres.

Quizá alguna vez intentamos orar con toda nuestra buena voluntad, pero los esfuerzos que hicimos no dieron el fruto esperado y terminamos desanimados abandonando la oración. Necesitamos aprender a orar. Y encontraremos en Dios la respuesta a todas nuestras inquietudes, hallaremos la paz espiritual y nuestro corazón se encontrará lleno de energía para dar amor a los demás.

La oración ilumina y fermenta toda nuestra vida y nos hace crecer interiormente. Dios se convierte en un Alguien en nuestras vidas y no sólo una «idea» sin vida. El diálogo continuo con Dios se vuelve parte de nuestra vida cotidiana. Mantener siempre, aun en medio de su acción, una actitud orante, que parta de la Palabra de Dios, para ponerla en obra. La Palabra de Dios, acogida en el corazón, proclamada en la Liturgia, meditada en lectura orante (cf DA 249), permite entrar en comunión con Jesús para que se haga en nosotros «fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora» (DA 247).

La oración no se deja aprisionar en ningún método, porque escapa siempre a todos. Eso no quiere decir que no haya un «arte de la oración» que se puede enseñar y cuya práctica revela al hombre su propia oración interior y hace que se desarrolle. Cada quien elegirá el suyo de acuerdo a su personalidad, a sus circunstancias personales, a lo que le llene más espiritualmente en cada momento determinado.

Cuando alguien ha descubierto lo que es la oración puede utilizar cualquier método, como el músico que sabe tocar varios instrumentos y toma el que quiere en el momento de la inspiración. Hay quienes tienen el sentido de la oración y no han aprendido nunca método alguno, y hay quienes recitan oraciones sin orar de veras. Tanto el espíritu de oración como las múltiples formas de expresarlo se pueden enseñar/aprender.

Los métodos valen lo que valga nuestra actitud profunda hacia Dios. Hay que distinguir bien lo que es el ejercicio de escuela y la inspiración profunda que ha de animarlo. Ningún método en cuanto tal proporciona el acceso a Dios mismo. Simplemente nos sitúa en una disposición que nos predispone positivamente ante Él.

Dios está presente en nuestra vida. Los acontecimientos de la vida son un camino natural para entrar en contacto con Dios. Es necesario buscar la presencia de Dios en nuestra vida y descubrir qué es lo que Dios quiere de nosotros. Esta búsqueda y este descubrimiento son ya una oración. Estar atentos a lo que Dios quiere de nuestra vida es hacer oración y nos invita a colaborar con Él. De esta «mirada» sobre mi vida nacerá el asombro, el agradecimiento, la admiración, el dolor, el pesar, etc. De esta manera nuestra vida entera será una oración.

Propuestas para la Oración de los fieles:

Los santos imitaron la vida de Jesús. Encontraron así su felicidad: el bienestar consigo mismo, la buena relación con los demás, el progreso y el sentido de sus vidas.

Pidamos encontrar la felicidad, diciendo:

*R. Señor, venga
a nosotros tu Reino.*

1.- Por la Iglesia: que encontremos respeto a los diversos carismas; nos dejemos llevar del Espíritu que la renueva constantemente; y gocemos de la libertad de los hijos de Dios. *Roguemos al Señor. R.*

2.- Por quienes presiden las comunidades cristianas: para que no apaguen el Espíritu ni lo tengan en poco; miren la realidad con los ojos de Jesús; animen todo lo bueno y lo sostengan. *Roguemos al Señor. R.*

3.- Por los más débiles: para que comprendan que todos somos providencia de Dios unos con otros; no se desanimen, encuentren en su corazón la fuerza que Dios les regala; y devuelven siempre el bien, incluso cuando son víctimas del mal. *Roguemos al Señor. R.*

4.- Por nuestra comunidad: para que no falten los hambrientos y sedientos de justicia; vivamos en «sobriedad compartida» con los más necesitados; y cultivemos el diálogo y la buena fraternidad. *Roguemos al Señor. R.*

5.- Por cuantos participamos en esta celebración: para que estemos a gusto, sin prisas, alegres; sintamos la presencia del Resucitado, que nos pacifica; y el amor de Jesús encienda el amor a los hermanos. *Roguemos al Señor. R.*

Padre bueno, que tus Santos nos animen a nuestra realización, en espera de vernos un día agraciados como ellos por la dicha sin fin de tu Reino glorioso. Por Jesucristo, nuestro Señor.

9. EN DIÁLOGO Y ESCUCHA ACTIVA

*«Señor, escucha mi oración, presta oído a mis súplicas,
respóndeme por tu fidelidad, por tu justicia»*

(Sal 142,1).

Es voluntad divina dialogar. Dios busca el contacto con nosotros. Nos creó para hacernos sus interlocutores en la alianza. Interviene en nuestra historia para mostrarnos quién es Él para nosotros, qué somos nosotros en su plan de amor y los caminos concretos para realizar nuestra vocación. Él es el Dios vivo y presente en nuestra historia. Dios quiere dialogar con nosotros y espera nuestra respuesta personal.

Es preciso aprender a dialogar con Dios; a discernir su presencia, su palabra y sus gestos en los acontecimientos del mundo y en la vida de las personas. Escuchando sus indicaciones, nos atrevemos a comprometernos con sus deseos. Corriendo riesgos, pasamos por «las puertas abiertas» que Dios nos señala. Con los criterios del Reino evaluamos nuestra acción para mejorar nuestra percepción de la voluntad del Dios vivo. Nuestra

apertura a escuchar y realizar su palabra es un don del Espíritu.

La misión tiene su origen en el amor desbordante del Dios-Trinidad que es diálogo, comunión, comunicación; es un servicio a ese diálogo de salvación que el Dios trinitario quiere vivir con la humanidad. «Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; compartir - sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible- las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo» (Ecclesiam suam: ES 80)

La Iglesia se hace palabra, mensaje y diálogo. Es una comunidad que escucha y habla: un pueblo que se integra a partir del diálogo. Dios habla a su Pueblo; el Diálogo más pleno de Dios con su Pueblo es Jesucristo, Diálogo que brota del amor. Por ello, Dios es el modelo que la Iglesia tiene para dialogar con la humanidad. La Iglesia busca dialogar no por ventaja, ni para imponer sus puntos de vista, sino para construir una nueva civilización del amor. Dios nunca obliga, ni presiona, ni se impone. La Iglesia ha de respetar la libertad de los demás, sin imponer, pues el anuncio del Evangelio y su diálogo no es por imposición. Dialoga con todos, busca a todos, sin favoritismos. Respeta el proceso y momento de cada sector y actor de la sociedad.

La relación dialogal tiene una dimensión triangular: Dios-yo-los otros. El Dios de nuestra oración es el Dios de la revelación en su dimensión trinitaria: Padre, Hijo, Espíritu Santo. El compañero de Dios en la oración es el cristiano en el realismo y complejidad de su persona: relación persona/comunidad, solidaridad humana con los demás, comunión eclesial con todos los miembros del mismo Cuerpo que es la Iglesia. Los otros no son extraños, sino el «con-migo» de la historia de la salvación. No es inmediata la relación con Dios, sino mediante la fe y el amor. Su presencia no es

visible ni su Palabra y voluntad audible. Se abre paso a las mediaciones de la presencia y la revelación del Dios de la oración.

Ante el rechazo, la burla y la desconfianza en nuestro entorno, no apoyamos nuestra fe en falsas seguridades y protectores públicos. No un cristianismo «a la defensiva». Ante planteamientos que arrasan el sentido cristiano de la vida, la verdadera seguridad en la fe se conquista por el cultivo de la espiritualidad, la decisión personal y la experiencia de cada uno.

«He aquí el origen trascendente del diálogo. Está en la intención misma de Dios. La religión, por su naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esta relación. La revelación, relación sobrenatural instaurada con la humanidad por iniciativa de Dios mismo, se representa en un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y en el Evangelio. El coloquio paternal y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. En esta conversación de Cristo entre los hombres es donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice cómo quiere ser conocido: Él es Amor; y como quiere ser honrado y servido por nosotros: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y confiado; el niño es invitado a él y de él se sacia el místico» (ES 28).

«El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: Él nos amó el primero (*1Jn 4,19*); nos corresponde a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados. El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: De tal manera amo Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito (*Jn 3,16*); no otra cosa que un ferviente y desinteresado amor debe impulsar el nuestro. El diálogo de la salvación no se ajusta a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido, ni tampoco por los resultados que conseguiría o que echaría de menos: No necesitan médico los que están sanos (*Lc 5,31*); también el nuestro

ha de ser sin límites ni cálculos. El diálogo de la salvación no oblijo físicamente a nadie a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor, el cual si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió (*Mt 11, 21*), les dejó, sin embargo, libres para acogerlo o rechazarlo, adaptando inclusive la cantidad (*Mt 12, 38 ss*) y la fuerza probativa de los milagros (*Mt 13, 13ss*) a las exigencias y disposiciones espirituales de sus oyentes, para que les fuese fácil un asentimiento libre a la divina revelación sin perder, por otro lado, el mérito de tal asentimiento. Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presenta armada por coacción externa, sino solo por los legítimos caminos de la educación humana, la persuasión interior y la conversación ordinaria, ofrece su don de salvación, quedando siempre respetada la libertad personal y civil. El dialogo de la salvación se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna (*Col 3, 11*); de igual modo el nuestro debe ser potencialmente universal, es decir, católico, y capaz de entablarse con cada uno, a no ser que alguien lo rechace o finja acogerlo. El dialogo de la salvación ha procedido normalmente por grados de desarrollo sucesivo, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno éxito (*Mt 13, 31*); también el nuestro ha de tener en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios lo haga eficaz. No por ello nuestro dialogo diferirá para mañana lo que se pueda hacer hoy; debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo (*Ap 5, 16*). Hoy, es decir, cada día, debe volver a empezar, y por parte nuestra antes que por parte de aquellos a quienes se dirige» (ES 29).

Toda organización social es expresión de un significado compartido; si se diluye, tenemos una sociedad vaciada de sentido con instituciones huérfanas de significado y la violencia como mecanismo privilegiado para la voluntad individual o colectiva. Es un proceso con alta potencialidad para modificar comportamientos y orientarlos hacia nuevos propósitos, vinculados a la solución inmediata de los problemas más acuciantes aunque sin resignar la búsqueda de soluciones más integrales a los problemas estructurales que hacen persistente la crisis argentina.

Las condiciones tan dinámicas, cambiantes y complejas de los grupos, resultado de las características de los contextos sociales, económicos, culturales y políticos de los que forman parte, y bajo las que las personas desarrollan su trabajo, hacen necesaria la formación de grupos y equipos de trabajo. El primer condicionante para trabajar en equipo en una organización es el nivel de participación de sus miembros. Y requiere de unas herramientas que todo participante debe saber utilizar: metodologías de análisis y solución de problemas, pensamiento positivo, tormenta de ideas; técnicas de presentación en público, formas de reunirse, técnicas de expresión de su pensamiento, entrevistas; instrumentos de comunicación, con todas las garantías.

Hay que mejorar el clima dentro del grupo: desarrollo de la autoestima; trato adecuado a cada integrante; mejorar destrezas de comunicación y relaciones interpersonales con la comunidad; evaluaciones en equipo; propiciar aprecio de unos por otros, sentido de pertenencia, participación y autonomía; reconocimiento y recompensa. Los miembros se comunican adecuadamente cuando el proceso de comunicación grupal es conocido y usado, existiendo una verdadera interacción personal. La importancia del Saber Escuchar es básica.

Hay diferencia entre oír y escuchar: oír es un proceso pasivo en el que no se presta demasiado interés en el mensaje; escuchar implica prestar atención al mensaje, saber analizarlo e interpretarlo correctamente. La escucha activa es una técnica de recepción de mensajes. Consiste en atender al mensaje del interlocutor con deliberada atención y concentración y pensar en los sentimientos e ideas que la persona que nos está hablando nos quiere comunicar, para tratar de entenderlos perfectamente. Hay momentos en los que es muy interesante utilizar la escucha activa: para motivar a mantener relación con nosotros; identificar y recoger información sobre su problema; neutralizar sentimientos y comentarios; fomentar la participación de un miembro de nuestro equipo.

Saber escuchar tiene muchas ventajas: La persona que escucha se convierte en una persona significativa y digna de confianza y respeto. El que escucha, informa de ello a su interlocutor y le estimula para seguir comunicándose, convirtién-

dose el arte de escuchar en un círculo vicioso que incide positivamente en la actividad. Si escuchas, es más probable que te escuchen a ti. En caso de problemas es más probable que se le comuniquen a una persona que sabe escuchar que a otra que no lo hace. La autoestima de la persona que se siente escuchada es mayor que de quien no y por tanto está más a gusto con su interlocutor. Relaja y neutraliza conflictos y algunas respuestas emocionales de irritación y hostilidad. Orienta al que está hablando para que pueda enviar mensajes más claros y precisos. Muestra un modelo de habilidad interpersonal que puede ser observado e imitado, mejorando el clima del grupo.

La escucha activa se utiliza observando cuidadosamente a nuestro interlocutor para identificar el contenido de sus expresiones y comentarios, sus sentimientos, el momento que desea hablar con nosotros... Para ayudar a nuestro interlocutor a que no desconfíe de nosotros y así llevar la conversación hacia los temas y puntos más interesantes podemos utilizar la comunicación no verbal (asumir una postura cercana, mantener el contacto con la mirada, mostrar gestos de atención...) y la comunicación verbal, ya sea por medio de palabras (ya veo, comprendo...) o con comentarios que faciliten al interlocutor la expresión de sus sentimientos (estará fatal, me imagino como te sientes...). Lo que siempre se debe evitar es interrumpir al que habla, así como ni juzgar y ni rechazar lo que la otra persona siente.

Trabajar en equipo requiere solucionar problemas y crisis. Una buena negociación permite superar barreras y reanimar al equipo hacia la producción de sinergias y cumplimiento de objetivos y metas. Necesario conocer las fases, actitudes y técnicas de obtención de acuerdos se hace necesario. Solo se consigue trabajar en equipo cuando existe una verdadera producción de sinergias, y los participantes y su entorno así lo perciben. Cada individuo observa como el equipo logra una eficiencia y eficacia por encima del desempeño de cualquiera de sus miembros, logrando una optimización de los resultados.

Propuestas para la Oración de los fieles:

Dios, en tu misericordia, toca los corazones de todos los pecadores con tu amor sanador.

Oremos por su pueblo santo y pidamos que nos otorgue el valor que necesitamos para acercarnos al Sacramento de Reconciliación, ser instrumentos de paz y reconciliación en nuestros hogares, lugares de trabajo y comunidades, y digamos:

R. Señor, que dialoguemos como hermanos,

- 1.- Hemos sido salvados por medio de la vida, Pasión y Muerte de Jesús. Que a través de la Palabra de Dios, de la Eucaristía, del Sacramento de la Reconciliación, seamos capaces de gozar de la sanación y misericordia que él proclamó con su vida. ***Oremos.***
- 2.- Señor, no condenaste a la mujer sorprendida en adulterio, sino que la perdonaste y le otorgaste tu paz. Ayúdanos a no temer tu justicia, sino más bien a buscar con valentía tu misericordia y amor sanador. ***Oremos***
- 3.- Señor, hemos sido redimidos por tu Cruz: tu Muerte nos trajo nueva vida y tu Resurrección nos promete que gozaremos junto a ti de tu gloria. Ayúdanos a buscar tu amor sanador en estas fiestas, redescubriendo el Sacramento de la Reconciliación para nuestras vidas. ***Oremos***
- 4.- Que todos estemos atentos a la predicación de la Palabra de Dios, confesemos nuestros pecados y aceptemos su perdón para dialogar con nuestros hermanos incluso cuando nos sentimos abrumados con las dificultades de la vida y nuestros pecados. ***Oremos***
- 5.- Señor, tú fuiste enviado para traer la buenas nuevas de salvación a los pobres y sanación para todos los atrapados en el pecado. Otórganos la gracia para buscar tu amor sanador en los medios que nos ofrece la Iglesia. ***Oremos***
- 6.- Padre tú conoces nuestras numerosas debilidades. Que podamos llegar llenos de alegría a tomar tu mano y caminar tus caminos durante nuestras vidas y actividades. ***Oremos***

Ayúdanos a encontrar la gracia de una buena comunicación, sabiendo que hemos sido amados y perdonados, escucha nuestras oraciones, y que tengamos la entereza de unirnos a Cristo, Nuestro Salvador, que vive y reina por los siglos de los siglos.

10. DISCERNIENDO PARA ENCONTRAR LA VOLUNTAD DE DIOS

*«Y no se conformen a este mundo,
sino transfórmense mediante la renovación de su mente,
para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios:
lo que es bueno y aceptable (agradable) y perfecto»
(Rm 12,2).*

Siempre ha sido necesario el discernimiento de espíritus. Pero en los momentos de cambio lo es más. Por ejemplo, en los cambios del proceso de maduración humana: adolescencia, opción vocacional, ancianidad, decisiones que cambian el rumbo o marcan la vida. O en los cambios históricos: momentos en que surgen nuevos rumbos en las relaciones familiares, sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas.

Constantemente nos engañamos a nosotros mismos, evadiendo pensar, metidos en la prisa. Tememos la verdad, tenemos miedo a ser libres. En lugar de cambiar, preferimos evadirnos en el ruido, la televisión, el internet, el alcohol, la droga, el ocultismo o el desorden sexual. Vivimos tiempos inéditos, con muchos fenómenos sociales que no tienen punto de referencia en el pasado. Nuestro mundo actual está lleno de cambios, confusiones y mentiras. Sufrimos por tantos engaños, nos sentimos manipulados por la sociedad de consumo y los medios de comunicación, y engañados por nuestros líderes. Necesitamos descubrir la verdad y encontrar el sentido de la vida.

Ante ciertos hechos dudosos o ambiguos, a veces no sabemos qué hacer. Entonces preferimos sofocar el impulso o fenómeno que está naciendo para no meternos en problemas, o dejamos pasar todo, con riesgo de crear problemas. Continuamente se cruzan la gracia de Dios y nuestro pecado, tanto dentro de cada sujeto individual y colectivo, como también en la relación entre varios sujetos. En nuestra historia luchan el Espíritu de Dios y el espíritu maligno. Por eso necesitamos el discernimiento espiritual.

La rapidez del cambio cultural empuja a angustias, confusiones, evasiones, sentimiento de impotencia, en lugar de opciones claras. Con tantos datos, afirmaciones y opiniones arrojadas de un lado a otro, tenemos que poder entresacar lo verdadero de lo falso. ¿Cómo separamos lo verdadero de lo falso? Sin discernimiento, este juego de impulsos contrarios no salva lo original de cada persona, grupo y pueblo ni sus relaciones armónicas permanentes.

No podemos dejar a los medios de comunicación, a los impulsos personales o sociales, a los astrólogos y adivinos, a los consejeros pagados a altos precios, o a las supersticiones y nuevos movimientos pseudorreligiosos, tomar las decisiones. Discernir es descubrir el proyecto de la Providencia y ajustarnos a él.

Es una propuesta difícil en un mundo saturado de información. Es necesario que los cristianos desarrollemos el discernimiento (buen juicio, razonamiento, inteligencia, buen sentido, sabiduría). Esto aparece bastante frecuentemente en la Biblia (1Sm 25,32-33, 1R 3,10-11;4,29; Sal 119,66; Prv 2,3, Dn 2,14, Flp 1,9). Colosenses 2,8 dice: «Cuidense de que nadie los captive con la vana y engañosa filosofía que sigue tradiciones humanas, la que va de acuerdo con los principios de este mundo y no conforme a Cristo».

Discernir significa entresacar. Viene de: «dis» = dos veces; cernir = arrear el trigo en la era. Designa la dura operación por la cual se separa la basura del trigo, repetida para asegurar la eficacia. Es como el cambista que separa las verdaderas monedas de las falsas. **Discernimiento** es el juicio por medio del cual percibimos y declaramos la diferencia que existe entre varias cosas. Lo que

implica tener criterio, es decir, una norma, modelo de valores o principios considerados una autoridad moral; como tradiciones, filosofías o preceptos; culturales, sociales o religiosos; para conocer la consecuencia o inconveniencia de las cosas.

El discernimiento espiritual consiste en buscar y hallar lo que quiere Dios, tanto en una perspectiva amplia (la vida en su totalidad) como restringida (qué quiere Dios de mí en este momento y para un lapso corto), y optar por ello de modo efectivo. Puede tener tres finalidades generales: clarificar una situación (¿qué está sucediendo aquí, qué está en juego, cuáles son los intereses aquí presentes?); buscar el origen de una propuesta o moción (¿viene ésto de Dios, del demonio, o del ser humano?); conocimiento de la voluntad de Dios (¿qué quiere el Señor de mí? ¿qué espera de nosotros, aquí y ahora?).

No es una «receta», ni consiste en la aplicación de un manual de instrucciones. No es un saber deducido de la psicología, la sociología o la economía. No coincide con el sacramento de la confesión o la dirección espiritual. Ni equivale a las estrategias de la administración de empresas, el márketing, la reingeniería, o semejantes. Es como un diamante: carbono puro cristalino resultado de condiciones de presión, calor, tiempo, material, etc. Es imposible un discernimiento puro; siempre va mezclado de elementos humanos, pecados, afectos desordenados, debilidades, etc.

El discernimiento es aquella actuación por la cual distinguimos, de entre los diversos impulsos interiores que nos llevan en direcciones diversas, aquellos impulsos que nos llevan a secundar la voluntad de Dios en nuestras vidas, dentro de situaciones concretas y en el contexto social que nos rodea. Y esto precisamente para seguir unos impulsos y cerrarnos a otros, en consonancia con el corazón de Dios.

El discernimiento cristiano busca qué paso debe darse para que el Reino de Dios se realice más plenamente aquí y ahora. Es parte de la vigilancia cristiana y del seguimiento de Cristo. Lleva un proceso, es decir, una serie de actos ligados unos a otros que conducen a una dinámica de acción de vida y compromiso: deseo, búsqueda, aclaración, hallazgo, apropiación, elección, decisión. Supone

oración, rectitud de corazón («Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios»: Mt 5,8).

Llamamos discernimiento comunitario a cualquier forma grupal de buscar y encontrar la voluntad de Dios en un ambiente genuinamente evangélico de verdad, libertad, responsabilidad y fraternidad. Es fruto inmediato del Espíritu Santo, y es fruto mediato de la caridad evangélica, en un clima de oración y sinceridad.

La Iglesia vive una situación conflictiva: no hay pueblo sino masa, no sabe qué hacer en relación a la historia, a los poderes de este mundo, a los problemas actuales (consumismo, materialismo, tecnocracia). Nos lanzamos a una Nueva Evangelización y una Misión permanente, afrontando desafíos. Es necesario tener atención a la historia. Sabernos envueltos por la realidad de hoy, en continuidad con la de ayer, y lanzados hacia el futuro, dentro del designio de Dios y participando de su autodonación de amor.

Unos quieren responder con autoridad, legalismo y uniformidad. Otros dejan hacer todo, ocasionando dispersión y caos. Otros tratan de armonizar corrientes, sin comprometerse con nadie, ocasionando divisiones sin querer. Otros emprenden hacia la unidad con un objetivo común, y, mientras, al pueblo de Dios vive en desconcierto. Por eso es urgente un discernimiento comunitario.

El camino para manejar los conflictos y superarlos ha sido siempre el diálogo. El diálogo con uno mismo, por la toma de conciencia y revisión de actitudes, posturas, teorías implícitas, prejuicios, ante situaciones históricas. Y el diálogo de unos con otros, individuos o grupos, para la ayuda mutua, sobre actitudes, posturas, opiniones, teorías, instituciones y prejuicios ante la historia.

El discernimiento no se da sólo por la unanimidad, o la mayoría absoluta de votos, o por la conclusión a que llega la búsqueda. Proviene también de la escucha mutua del compromiso recíproco, de la relación de la búsqueda de esta comunidad con las demás comunidades, de la coherencia entre la orientación y el problema con el objetivo fundamental. Siempre en un ambiente de oración para preguntar al Señor qué pide. Exige actitud de escucha, apertura, libertad interior, oración perso-

nal y comunitaria, purificación de actitudes, visión cristiana de las tensiones, sentido de ofrenda, capacidad crítica y de continua revisión.

Todo método es relativo. Se requiere preparar el proceso: objetivo, dinámica, reflexión y comunicación, dinámicas de grupo, tiempo suficiente. Se busca que todos participen (pues donde 2 ó 3 se reúnen ahí está Cristo, y son parte activa de la Iglesia) en la elaboración, decisión y actuación. Todos tienen derecho a informar y ser informados para participar activamente. Supone diálogo, respeto, interés común, responsabilidad. En el discernimiento comunitario, como en el personal, rara vez se presentan criterios absolutos de autenticidad.

Discernir es dejarse llevar por una moción interna del Espíritu, que nos conecta con la moción histórica de Jesús en el pueblo, y nos reta a trabajar por Él. Tiene, pues, un momento explícito de fe, y un momento explícito de apostolado, en que obramos la justicia como el Espíritu nos va enseñando. Todo es gracia. No hay lugar al voluntarismo, sino a la pasividad creativa del seguidor de Jesús. Ayudan las experiencias compiladas y compartidas de tantos seguidores de Jesús. El discernimiento es una forma de anuncio de la Buena Nueva, por parte de quienes tratan de vivirla para que se produzcan frutos.

Propuestas para la Oración de los fieles:

Oremos a Dios Padre, de quien procede todo bien, para que bendiga a las comunidades de nuestra Diócesis y llene con sus dones a toda la familia humana. Vamos a responder a cada intención:

*R. Ayúdanos, Señor,
a conocer tu voluntad.*

- 1.- Por la Iglesia universal y el Santo Padre que la preside en el amor, para que sea en el mundo signo y anuncio de la salvación de Cristo, y no le falten las vocaciones sacerdotales y a la Vida Consagrada que necesita para cumplir su misión. ***Roguemos al Señor.***
- 2.- Por nuestra Diócesis, para que cada uno de sus fieles crezca en el sentido fraterno y misionero, acercándose a todos, compartiendo con todos y anunciando el Evangelio. ***Roguemos al Señor.***
- 3.- Por nuestro Obispo, que nos preside en la comunión, la fe, la gracia y la caridad, para que el provecho de su grey sea el gozo eterno de su pastor. ***Roguemos al Señor.***
- 4.- Por los gobiernos de nuestros pueblos y las necesidades de cuantos son destinatarios e interlocutores de nuestra acción pastoral. ***Roguemos al Señor.***
- 5.- Por los pobres, los enfermos, las personas con capacidades diferentes, los accidentados, las víctimas de la violencia, los dependientes de algún vicio, quienes padecen depresión, ansiedad o neurosis, y todos los que sufren. ***Roguemos al Señor.***
- 6.- Por los laicos cristianos, para que vivan su corresponsabilidad en la Iglesia y den testimonio de compromiso cristiano en medio del mundo. ***Roguemos al Señor.***
- 7.- Por los Consejos de Pastoral, por los catequistas, miembros de Cáritas, por todos los agentes de pastoral y grupos de espiritualidad y apostolado, para que el Señor les dé capacidad de entrega y fidelidad en su misión. ***Roguemos al Señor.***
- 8.- Por los Centros de Enseñanza, particularmente escuelas oficiales y populares, para que cumplan fielmente con la labor educativa que responde a los desafíos actuales. ***Roguemos al Señor.***
- 9.- Por todos los que viven en nuestra parroquia, para que Dios dé luz a los incrédulos, perdón a los pecadores y alegría a los que esperan en él. ***Roguemos al Señor.***
- 10.- Por las familias de nuestra comunidad, para que encuentren fuerza en su fe y sean capaces de cumplir con su misión en la Iglesia. ***Roguemos al Señor.***
- 11.- Por los religiosos, religiosas y todos los miembros de Vida Consagrada de nuestras comunidades, para que sirvan al Señor con fervor, vivan según la perfección evangélica y sean signo de fe y cercanía para los alejados. ***Roguemos al Señor.***
- 12.- Por los enfermos de nuestras familias y quienes los atienden y cuidan, para que Dios les dé salud, paciencia y alegría. ***Roguemos al Señor.***

13.- Por los fieles de esta parroquia que han muerto en la paz de Cristo, para que nuestra intercesión los recomiende ante el Padre y sean introducidos por el Buen Pastor en la asamblea de los santos. **Roguemos al Señor.**

14.- Por nuestra comunidad parroquial, por su pastor (y todo el clero), para que cada uno, según su propia vocación, se consagre al servicio de Cristo y de sus hermanos. **Roguemos al Señor.**

Padre bueno, escucha nuestras súplicas, y concédenos perseverar en la verdadera fe y en el bien obrar. Por Jesucristo, nuestro Señor

(O bien):

El hombre tiene, en sí mismo, el impulso y la necesidad de encontrar un apoyo, una ayuda, una liberación, una repuesta definitiva a los interrogantes de la existencia, para renovarnos y clarificar el sentido real y verdadero de la esperanza cristiana. Cuando el don de Dios, en el Espíritu Santo, encuentra respuesta en el corazón humano, genera actitudes y comportamientos que manifiestan la autenticidad de la esperanza cristiana. Invoquemos al Señor por toda la Iglesia y toda la humanidad, diciendo:

R. Danos, Señor, tu luz y tu amor.

1.- Por el papa, los obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia. Que vivan una vida santa en su propia persona y en su ministerio, que sea testimonio y reclamo para todos los creyentes. **Oremos.**

2.- Por el mundo y la sociedad. Que haya personas libres y creativas que sean modelo de humanidad y generen esperanzas de un nuevo humanismo. **Oremos.**

3.- Por los cristianos perseguidos que viven en la tribulación y por quienes los persiguen. Que lleguen a vivir como hijos y hermanos por encima de otros intereses ajenos a su fe religiosa. **Oremos.**

4.- Por todas las comunidades cristianas, para que, además de llevar su nombre, vivan como hijos del Padre, discípulos de Jesús, cumplidores de las bienaventuranzas y creadores de paz. **Oremos.**

5.- Por todos nosotros, para que veamos la santidad como la meta propia de nuestro Bautismo, viviendo como hijos del Padre en la cotidianidad de nuestra vida. **Oremos.**

Tú riges los pueblos, Señor y Dios nuestro, con misericordia y amor; te pedimos que concedas el espíritu de sabiduría a quienes encomendaste la conducción de tu Iglesia, para que guíen a tu pueblo hacia un conocimiento más pleno de la verdad y hacia una vida santa. Por Jesucristo nuestro Señor.

11. RECONOCIENDO EL ROSTRO DE CRISTO EN LOS POBRES

«Lo que ustedes hicieron a uno de estos mis pequeños hermanos, a mí me lo hicieron» (Mt 25,40).

La experiencia de cercanía y comunión del discípulo con Cristo lo impulsa a salir al encuentro de quienes tienen sed de Dios y no conocen su rostro, y acercarse a los diversos grupos culturales. Para ello, el discípulo debe ser pobre de espíritu, capaz de abrir su corazón a los dones de Dios, sintiéndose agradecido y poniendo su confianza enteramente en Él. A través de esta comunión de vida con el Maestro, el discípulo prolonga el amor de Cristo hacia todos, con

un amor misericordioso y preferencial por los más pobres y necesitados, destinatarios privilegiados de la evangelización.

Se tiende a valorar a las personas por lo que ganan, lo que aparentan o lo que tienen, como si su dignidad se fundara en el dinero o en las cosas. Pero la gente más sencilla de nuestro pueblo no desea ser rica, sino le basta poseer lo necesario para sobrevivir dignamente, sin lujos, poder educar a sus hijos, y

ayudar a otros. Esto refleja una mentalidad cristiana, es decir, de la convicción de que el valor de todo hombre depende de lo que es: imagen y semejanza de Dios, llamado a ser hijo suyo, redimido por Cristo, destinado a la gloria. Es la fuente más profunda de la dignidad del hombre.

Porque el hombre posee una dignidad sagrada e inviolable, creado a imagen y semejanza de Dios, la Iglesia no puede permanecer impasible cuando esa dignidad se ve ensombrecida por la miseria, el vicio, o el atropello de sus derechos. Hoy la violación de tantos derechos humanos y la impunidad de quienes lo hacen son pecados de los cuales la Iglesia no puede desentenderse. Por desgracia, sus responsables son también cristianos, hijos de Dios que no han sabido ser consecuentes con el Evangelio.

«Es preciso devolver al ser humano su sentido y dignidad, en cuanto es imagen de Dios, redimido por Cristo, elevado a gran dignidad por la Encarnación del Verbo en nuestra carne, llamado a ser libre, a determinar su propia historia con responsabilidad, comunicarse en profundidad, vivir en comunidad, buscar el progreso integral de la humanidad y la humanización del mundo y sus realidades (V PDP 9).

Dios ha preferido a los pobres a lo largo de la historia. Para evangelizar nuestra Nación, se valió del indio pobre san Juan Diego, el vidente de la Virgen de Guadalupe. Ella habló en náhuatl, se mostró con rasgos mestizos, y dejó su figura impresa en el ayate del indio. Y se valió de la india Ana Lucía, esposa del sacristán Andrés, para dar a conocer lo milagroso de la imagen de Nuestra Señora de San Juan. Desde entonces, los pobres fueron sintiendo el cristianismo como una fe compartida, capaz de obrar una síntesis cultural nueva entre su raza y la de los extranjeros, cuyo símbolo y anticipo es el rostro de santa María de Guadalupe. Ella sabía su propia historia de aldeana pobre y sencilla, semejante a san Juan Diego, por eso lo eligió para esa gran misión.

Sin embargo, aunque se habla de «opción por los pobres», lo cierto es que hemos ideologizado a los pobres. De hecho, la pastoral social es una de las menos atendidas en nuestras comunidades. Toda la enseñanza oficial de la Iglesia nos destaca que la opción por los pobres no es ocasional, sino evangélica, sin excluir a nadie, que forma parte integral de la evangelización, junto con la promoción humana y la lucha por los derechos humanos. Para que la

presencia y acción del discípulo y misionero de Jesucristo sea evangélicamente eficaz, éste deber mirar de frente el misterio de la Cruz en la vida propia y ajena; estar dispuesto a tomar la cruz y seguir al Maestro, a ejemplo de tantas hermanas y hermanos nuestros.

La opción por los pobres desencadena una lógica y un dinamismo que lo permea todo. No se reduce a determinar el destinatario, sino que configura todo el hacer y ser de la Iglesia, su fe, esperanza y caridad, su forma de vivir y actuar en este mundo y de ser humano. Alrededor de la opción por los pobres, se repiensa lo que es su evangelización, la vida interna de la Iglesia y sus estructuras, la dirección del proceso evangelizador, pues la Iglesia los evangeliza y es evangelizada por ellos. Al fundamentar su opción en Dios y en Cristo, se ve forzada a repensar quién es Dios y Cristo.

Es una opción por una vida y una fe. Para ello hay que determinar qué se entiende por pobres, qué pobres reales son aquellos por los que hay que optar, de tal manera que optando por ellos se desencadene ese proceso totalizante, jerarquizante y salvífico, que configura todo lo eclesial y todo lo humano. Esta opción es lo que tiene mayor capacidad de planificar al ser humano y de humanizar la historia.

Pone nuestro V Plan diocesano ciertos rasgos de la Iglesia que deseamos ser y hacer: «Una comunidad que haga opción preferencial por los pobres, es decir, por aquellos que no tienen apoyos para vivir dignamente, como enfermos, presos, pobres, adictos, madres en dificultad, migrantes, campesinos, etc., dedicándoles tiempo, escuchándolos, acompañándolos, para promoverlos y hacerlos sujetos de su propio desarrollo integral a la luz de los principios y valores del Evangelio» (V PDP 146).

«Una comunidad que interactúe con sus interlocutores preferenciales, buscando atender a todos independientemente de su situación social, económica, moral o cultural y que haga opción sobre todo por las familias, las nuevas generaciones (adolescentes y jóvenes) y los variados agentes del mundo de la cultura, a través de los adecuados organismos correspondientes» (V PDP 140).

«Una comunidad que promueva la dimensión social de la fe en los creyentes, integre la promoción humana en su evangelización y que procure una transformación de las estructuras para luchar a favor de la vida digna de

las personas como imágenes de Dios, del ejercicio de una verdadera justicia, de la creación de las condiciones necesarias para unas relaciones fraternas y una paz auténtica» (V PDP 147).

«Promueve la dimensión social de la evangelización, en cuanto a la sensibilización, promoción humana y asistencia social, atiende a sectores de especial necesidad que no han sido tan tomados en consideración: migrantes, enfermos, campesinos y pobres, e ilumina las acciones pastorales de compromiso y servicio social de los organismos de inspiración cristiana, de acuerdo a la Doctrina Social de la Iglesia» (V PDP 227).

Lo que hoy hace nuestra Iglesia por los pobres y perseguidos no es por oportunismo ni por afán de novedad, sino como fiel prolongación de una línea pastoral que arranca desde los primeros evangelizadores de nuestras tierras y los grandes pastores que fundaron los pueblos, organizaron su escuela, promovieron sus caminos, electrificación, agua potable, vivienda, defensa, etc.

Otras urgencias requieren también la presencia y acción de los discípulos de Jesús: la defensa de la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural; el fortalecimiento de la familia; la denuncia de las campañas antinatalistas, de las políticas totalitarias de gobiernos que producen un debilitamiento progresivo de la dignidad, libertad e identidad humana; la participación en la actividad política solidaria para buscar la justicia, la reconciliación, el perdón y la paz.

Dice nuestro V Plan diocesano de pastoral: «Existen adicciones, alcoholismo, drogadicción, vandalismo, pleitos entre bandos, tráfico de armas, admiración a los delincuentes como modelos de vida e incluso como héroes, machismo, falta de empleo, mal uso de la tecnología, ambición de poder y corrupción» (V PDP 127).

«La realidad de la violencia y la inseguridad se hace cada vez más palpable, nos está afectando fuertemente, creando un clima complejo. Han surgido nuevas formas de violencia y criminalidad. Hay violencia física, moral, psicológica, sexual, etc., en todos los ámbitos: familiar, laboral, escolar, etc. Los grupos delictivos presionan y amenazan de diversos modos a mucha gente» (V PDP 126).

«Se ha creado un clima de miedo, que impide denunciar, comprometerse, unirse, buscar acciones comunes de prevención y apoyo. Hay odios, rencor

y resentimientos callados, rabia reprimida, sentimientos de revancha y de venganza, impulso a no dejarse, motivados por muchos medios. Muchas personas han sido cómplices pasivos, dentro y fuera de la familia, por razones diferentes, buscando empleo, dinero, amistades, entretenimiento, estatus social, o simplemente salvar la vida» (V PDP 128).

«El ambiente de inseguridad y violencia tiene como causas la pérdida de identidad cristiana, de valores, la falta de canales para resolver conflictos de convivencia y poderosos intereses económicos que están detrás de todo esto» (V PDP 129). «Es necesario superar el ambiente de inseguridad y violencia y promover una cultura de convivencia fraterna y, sobre todo, de justicia, ya que no puede haber paz sin justicia (Mt 5,6.9). La fraternidad es esencial al cristianismo y es un reto que nos corresponde a todos» (V PDP 130).

«En la parroquia la Iglesia se experimenta como comunidad viva de personas que se relacionan, movidas por la fe, para compartir con frecuencia la Palabra de Dios, para celebrar la Eucaristía y demás sacramentos, para practicar el mandamiento nuevo del amor fraterno con obras concretas de caridad y justicia a favor especialmente de los más necesitados. Magníficos proyectos se han frustrado porque no lograron ser aterrizados en las parroquias» (V PDP 134)

Nuevos rasgos definen Iglesia a la cual pretendemos dar un nuevo rostro: «Una verdadera comunidad, cercana a las personas, sensible a sus necesidades y situaciones, que acoja a todos, los visite permanentemente, tenga comunicación con sus miembros y, con estilo misionero, que busque como una madre a los alejados y abandonados. En ella las personas puedan tener una experiencia de Iglesia en su encuentro con Cristo y con los demás» (V PDP 136). «Una comunidad que se sienta parte de la Diócesis, unida a las demás comunidades parroquiales, sobre todo en comunión con las parroquias de su Decanato el cual es un nivel de enlace, de apoyo mutuo y de intercambio» (V PDP 151)

Propuestas para la Oración de los fieles:

Invoquemos con confianza a Dios nuestro Padre, pidiendo que los graves problemas de nuestro tiempo encuentren vía de solución en el poder y la gracia de Dios y en la buena voluntad de los hombres, y se logre la justicia y la paz del mundo, cuando los egoísmos y los intereses

cedan el paso a una fraternidad verdadera.

Respondemos:

R. Que compartamos lo que somos y tenemos.

- 1.- Para que la Iglesia una a la oración y a la penitencia el dinamismo de la caridad fraterna, y todo aquello que se quite al egoísmo se transforme en ayuda concreta a los pobres, desempleados y marginados. **Oremos**
- 2.- Por los gobernantes, los empresarios y los sindicatos, y cuantos dirigen y organizan el mundo del trabajo y de la economía: para que procedan siempre con sabiduría y justicia, respetando los derechos de todos los hombres, y aúnen sus esfuerzos en la consecución de trabajo y pan para todos. **Oremos**
- 3.- Por los que sufren a causa de la crisis económica y los que no tienen trabajo, para que todos nosotros cedamos con generosidad el fruto de nuestras privaciones voluntarias en bien de los pobres y necesitados, y llegue la abundancia de tus bienes a todos los hombres y mujeres del mundo. **Oremos**
- 4.- Para que los pobres y los enfermos, los tristes y los abandonados, los emigrantes, los presos, los desempleados, los que sufren por falta de vivienda, de pan, de trabajo, para que encuentren en nosotros la acogida y ayuda que necesitan y reciban en abundancia los bienes de la tierra y el gozo del Espíritu. **Oremos**
- 5.- Por todos los hombres de buena voluntad que se preocupan por construir un mundo mejor: para que sus esfuerzos se vean coronados por la conquista de una sociedad más justa y pacífica, según el proyecto de Dios. **Oremos**
- 6.- Por los que a causa de la crisis habitan en viviendas en malas condiciones o ni siquiera tienen vivienda; los que no pueden comprar lo necesario para satisfacer sus necesidades básicas, por los que se han quedado sin subsidio, por los jóvenes que no pueden trabajar, por los pequeños empresarios que viven dificultades. **Oremos**
- 7.- Para que los gobernantes, los sindicatos y las asociaciones empresariales no cejen en su empeño por encontrar soluciones justas a los problemas económicos y laborales. **Oremos**
- 8.- Por nuestro país, para que mejore la situación económica y tengamos prosperidad en la agricultura, la industria y los demás áreas de la economía. **Oremos**
- 9.- Para que el Señor conforte a los oprimidos, proporcione a los pueblos el desarrollo necesario y vele con su providencia por los pobres y necesitados. **Oremos**
- 10.- Por aquellos hogares donde falta el pan de cada día, el trabajo y la felicidad: para que la fortaleza del Espíritu los anime y encuentren acogida en nuestra caridad. **Oremos**

Señor, socorre a cuantos padecen hambre o desempleo, inspira sentimientos de caridad a los que tienen bienes, escucha nuestras plegarias, y multiplica los frutos de la tierra, con el fin de que se produzcan los cambios necesarios en las estructuras económicas que permitan que la riqueza esté repartida con justicia. Por Jesucristo nuestro Señor.

(O bien):

Elevemos nuestras súplicas al Salvador, por los más pobres de nuestro mundo, por los que más sufren: para que vean aliviado su dolor con nuestra solidaridad y encuentren, un día, la gloria de Jesucristo, que les ama. Respondamos:

R. Señor, acrecienta nuestro amor.

- 1.- Para que el pobre y el que sufre constituya siempre el centro de atención y entrega de la Iglesia, como signo de la continua presencia del Señor entre nosotros. **Oremos.**
- 2.- Para que los responsables del mundo se unan en la búsqueda de la paz y de la justicia. **Oremos.**
- 3.- Para que los pobres y enfermos descubran en Jesucristo la luz que sostenga y oriente sus vidas. **Oremos.**
- 4.- Para que todos los hombres sepan moderar sus deseos de bienes temporales y atiendan a las necesidades de los demás. **Oremos.**
- 5.- Por los que sufren injusticias, atropellos o desahucios y han perdido la esperanza: para que sus quejas sean escuchadas. **Oremos.**
- 6.- Para que los recursos de la tierra sean utilizados para socorrer a todos los que están en la miseria y en el hambre. **Oremos.**

- 7.- Para que los pueblos necesitados reciban ayuda en su indigencia y se consolide en todo el mundo la justicia, el desarrollo y la paz. **Oremos.**
- 8.- Para que los pobres sean ayudados en sus luchas, disfruten de los bienes de la vida y lleguen a ser verdaderos pobres de corazón. **Oremos.**

Escucha, Padre bueno, nuestras súplicas por los que sufren la falta de empleo o la dureza de su trabajo, los trabajadores que están en peligro o reciben sueldo injusto, y haz que crezcamos en sensibilidad y solidaridad en las necesidades humanas. Por Jesucristo nuestro Señor.

12. AGRADECIDOS POR EL DON DE LA FE

*«En verdad les digo: el que cree, tiene vida eterna»
(Jn 6,47).*

La fe está en las raíces de nuestra historia y de nuestra identidad, ha inspirado nuestras más nobles costumbres e instituciones, ha dinamizado nuestros valores, inspirado nuestras costumbres e instituciones. Sin ella no se explica lo que hemos sido ni lo que somos, es la fuerza que ha impulsado a muchas generaciones, y todavía hoy es el alma de nuestros pueblos.

Dice el V Plan de pastoral: «La Diócesis de San Juan de los Lagos es fruto de la intervención de Dios, que se ha hecho presente con su amor providente y misericordioso a lo largo de su historia, ha salvado a su pueblo y lo anima, acompaña y orienta en su peregrinar hacia la tierra prometida, a través de una serie de personas y acontecimientos relevantes. Recordarlos lleva a reconocer nuestra historia como una historia de salvación» (V PDP 18).

«Gracias a la heroica labor misionera de los primeros evangelizadores de nuestros pueblos, – como se ha venido señalando en los marcos históricos de los planes anteriores– nuestras familias y comunidades han gozado de una vida en Cristo y en la Iglesia que da sentido a la existencia. Usos y costumbres permeados de valores humanos y cristianos le dan consistencia a nuestras familias, comunidades y sociedad» (V PDP 174).

«Tenemos comunidades ricas en tradiciones (religiosas y culturales) y en piedad popular. Éstas crean identidad y sentido de pertenencia a una comunidad, frente al individualismo. Las diferentes tradiciones, usos y costumbres, sobre todo religiosas, son instrumento de comunión y comunidad, con gran sentido humanístico. También en el campo civil y legislativo se les valora como usos y costumbres» (V PDP 92).

«La fe se ha mantenido, en buena parte, gracias a tradiciones familiares y a un patrimonio de valores morales que se va heredando de generación en generación, reflejo de un pasado en el que se mezclan tradiciones, fe y costumbres. La fiesta patronal, la semana santa y otros momentos populares celebrativos, tienen un gran poder de unión, congregando a todos los sectores y a las varias generaciones, actualizando las tradiciones culturales y dinamizando la piedad popular (V PDP 93),

«Sin embargo, no escapamos a la amenaza e influencia de esta cultura híbrida moderna y postmoderna; y le damos carta de ciudadanía, en lo más íntimo del hogar, a sus contenidos y estilos transmitidos por los medios de comunicación que aceptamos sin sentido crítico. Nuestras fortalezas sienten amenazas y se plantean nuevos desafíos a nuestro ser, a nuestro pensar y a nuestro quehacer» (V PDP 175).

Nos preocupa el ambiente de inseguridad y violencia, la crisis económica, el empobrecimiento y la falta de trabajo. Pero, en medio de estas situaciones, y por encima de las oscuridades, hay una Buena Noticia que nos alegra: Cristo nos ha salvado y está vivo entre nosotros. La victoria que vence al mundo es nuestra fe.

Dice nuestro V Plan de Pastoral: «Con la alegría de creer en Cristo resucitado y llenos de esperanza en su triunfo sobre el mal, buscamos caminos para implantar su Reino, a pesar de los graves problemas que afectan a nuestros pueblos y ciudades. Y, no obstante el panorama tan difícil y retador para el anuncio de la Buena Nueva, nos lanzamos a evangelizar con nuevos bríos, ofreciendo a todos una experiencia de encuentro con Cristo para su salvación. El Documento de Aparecida es la guía luminosa para nuestra reflexión y acción pastoral, con el fin de hacer de cada cristiano un discípulo misionero de Jesucristo, para que todos en Él tengan vida en abundancia y plenitud» (V PDP 4).

«Nuestra fe nos dice que ha llegado el Reino en la persona de Jesucristo, realizando así el proyecto de Dios sobre el ser humano, el mundo y su historia. Por su Muerte y Resurrección nos ha salvado y nos llama a encontrarnos con Él y dejarnos salvar por Él, a identificarnos con su estilo de vida nueva y reproducir sus actitudes y a compartir con otros esta Buena Noticia de la presencia del Reino de Dios. La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como don gratuito, aun en medio del conflicto y de muchas situaciones de muerte, pues son transformadas en una participación de la Cruz de Cristo» (V PDP 5).

«Dios es quien va conduciendo la historia. Nosotros colaboramos con Él para la realización de su proyecto salvador, en un esfuerzo de escuchar su llamado y responderlo, de conversión, de adaptación continua, en actitud de pobreza, para descubrir la voluntad del Señor y aceptar que la tarea pastoral se enfoca desde la perspectiva del más pobre. Queremos ser corresponsables en todos los pasos y momentos del proceso, compartimos la misma fe, la misma gracia, el mismo

Bautismo y la misma Eucaristía» (V PDP 17).

«La figura de la santísima Virgen María ha estado presente en la piedad y tradiciones del pueblo; es la primera discípula misionera de Jesús; ha sido factor determinante en la inculturación del Evangelio—tanto el hecho guadalupano en la evangelización de nuestra Patria como la presencia de la Virgen de San Juan para nuestra región—; es modelo de virtudes, incluyendo la promoción de la paz y la fraternidad; y expresa el rostro propio de nuestra Iglesia particular, ya que somos una Diócesis mariana» (V PDP 190).

«Esa ‘espiritualidad popular’ (DA 263), con sus expresiones (fiestas patronales, novenas, rosarios, vía crucis, procesiones, danzas y cantos del folclore religioso, cariño a los santos y a los ángeles, promesas, cabalgatas, mandas, oraciones en familia) y su lenguaje (gestos, textos y fórmulas, canto y música, imágenes, lugares y tiempos [cf DA 259 y DPPL 15-20]), debe ser promovida y aprovechada por la pastoral litúrgica, sobre todo en su dimensión espiritual, armonizándola con la liturgia de acuerdo a los criterios del magisterio (SC 13; CEC 1675; DPPL 7, 13; Varietates Legitimae 45) y con una sabia, sana y equilibrada pedagogía que facilite la experiencia y creatividad pastoral, como ‘imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda’ (DPPL 64)» (V PDP 98).

«La cultura impregnada de fe, que es nuestra riqueza, se manifiesta en actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas en un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de a cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y los demás hombres; en un sentido de trabajo y de fiestas, de la solidaridad, la amistad y el parentesco. También en el sentimiento de la propia dignidad que no ven disminuida por una vida pobre y sencilla» (DP 413).

Compartimos esta fe cristiana con tantos millones de personas, que en nuestro Continente formamos casi la mitad de católicos de todo el mundo. Pero reconocemos que hemos sido infieles a este don de Dios. Después de 45 años como Diócesis y

casi 500 años de evangelización, todavía hay muchos pecados, injusticias, violencia y opresiones entre nosotros. Sin embargo, Dios ha sido fiel y no nos ha retirado su don esperando una respuesta más generosa.

Agradecemos el don de la fe. Es una riqueza en nuestra vida personal y social. En muchas cosas concretas nos ha ayudado la fe. ¿Qué cosas de nuestras costumbres y manera de vivir son fruto de nuestra herencia de fe? ¿Es algo separado de nuestras actividades laborales, económicas y sociales? ¿La fe está llamada a penetrar y orientar todos los aspectos de la vida? ¿Qué estamos haciendo para conformar una cultura cristiana y transmitirles un sistema de valores evangélicos como una herencia a las nuevas generaciones?

Dice nuestro V Plan: «Es preciso tomar conciencia del compromiso bautismal en la vida ordinaria y redescubrir que somos todos discípulos misioneros de Jesucristo, para tener una experiencia de fe en medio de las culturas actuales y del ambiente secularista, relativista y obrar por convicción, no sólo por costumbre y tradición comunitaria. La conformación de la identidad cristiana incluye compromiso, vocación, fermento en el mundo, construcción del Reino, reevangelización frente al neopaganismo católico, lo cual nos involucra a todos» (V PDP 121).

Buscamos construir «una comunidad que sea signo de esperanza y de alegría en un tiempo en que el desencanto, el desánimo, la monotonía, el aburrimiento y la rutina ahogan tantas cosas; y que sepa celebrar en los sacramentos, de una manera especial en la Eucaristía dominical, el gozo de su fe en Jesús, el Resucitado (cf DA 30, 552, 128, 175)» (V PDP 145).

Jesús nos enseñó a llamar «Papá» a Dios (Mc 14,36). Con la expresión «abba» el niño pequeño se dirigía a su papá, equivalente a nuestro «papito querido». Cuando nos enseñó a orar, pidió que así lo llamáramos. Es el más bello derecho que tenemos: llamar a Dios papá. Él suple el papá que deseamos y no tuvimos, y supera al mejor de los papás. Nuestro valor no puede medirse por el dinero que tengamos, las cosas que produzcamos o la utilidad que prestamos a otros. Esta gracia de

la filiación divina es el gran tesoro que la Iglesia debe ofrecer a los hombres de nuestro tiempo (cf DP 240).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Hagamos juntos oración, hermanos, para que estas fiestas sean un tiempo de gracia donde se impulse la vida de fe de nuestro pueblo, niños, adolescentes, jóvenes, maduros y personas de la tercera edad, y se fortalezca el trabajo con ellos. Y digamos:

R. Concédenos el gozo de creer en ti, Señor.

- 1.- Por la Iglesia universal, por el Papa y los obispos, y por nuestra Iglesia diocesana con sus decanatos y parroquias, para que acoja los diferentes grupos y movimientos que, con su fidelidad al espíritu, la mantienen siempre joven. ***Oremos.***
- 2.- Por todos los creyentes, para que su pasión, su grandeza, sus ideales, los pongan al servicio de una sociedad más justa, más humana y más fraterna, según los criterios de Dios. ***Oremos.***
- 3.- Por todos los que trabajan en la evangelización, los padres de familia, los educadores, las personas consagradas y los animadores de pastoral, para que renueven cada día su esperanza y su amor hacia sus hermanos. ***Oremos.***
- 4.- Por los fieles laicos, para que descubran su vocación de ser sal en medio del mundo y vivan una vida evangélica en sus ambientes de estudio, trabajo, diversión y amistades. ***Oremos.***
- 5.- Por nuestros jóvenes, para que no se dejen llevar por lo más fácil y cómodo, sino que iluminados por la entrega de Cristo, se animen a dar su vida por Dios y por los hermanos. ***Oremos.***
- 6.- Por quienes viven en familias divididas, en ambientes de riesgo o en situaciones difíciles, para que, en esos sufrimientos, la luz de la fe les haga madurar y desde ahí puedan ser luz para otros. ***Oremos.***
- 7.- Por los que viven en ambientes de violencia, con pocas expectativas de futuro... para que nos abramos a estas realidades, y ellos sientan la necesidad de aprovechar su tiempo e invertirlo para el bien de todos sus hermanos. ***Oremos.***

- 8.- Por cuantos participan en estas fiestas y los socios del día, para que por la alegría de su testimonio sean fermento en medio de sus ambientes, animen a otros a creer, y su generosidad sea un contagio de esperanza para todas nuestras comunidades. **Oremos.**
- 9.- Por todos los adolescentes y jóvenes que están en búsqueda de lo que oriente sus vidas y les dé sentido, para que encuentren «estrellas de esperanza» en su camino que les haga descubrir el gozo de la fe. **Oremos.**
- 10.- Por los padres cristianos, para que consideren la vocación de sus hijos como un «don» de Dios

que genera felicidad y esperanza para todos, y muchos respondan generosamente a la llamada del Señor a ser sacerdotes, religiosos, misioneros, laicos comprometidos, matrimonios cristianos que desplieguen todo su potencial. **Oremos.**

Escucha, Padre bueno, nuestras oraciones, y haz que, descubriendo nuestro ser de discípulos misioneros tuyos, estemos dispuestos a dar la vida al servicio tuyo y de nuestros hermanos, y nos comprometamos en ser constructores de un mundo más humano y justo. Por Jesucristo nuestro Señor.

13. INTENTANDO EVANGELIZAR LAS CULTURAS

*«Nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que lo ponían en común.
Los apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús
con mucho poder, y Dios les daba su gracia en abundancia.
No había entre ellos ningún necesitado,
porque todos los que tenían campos o casas los vendían
y entregaban el dinero a los apóstoles,
quienes repartían a cada uno según sus necesidades»
(Hch 4,35).*

Hay muchas formas de concebir el cristianismo, la Iglesia y el Evangelio, que es preciso ayudarles a avanzar en la comprensión de la verdad mediante el diálogo sincero.

Algunos quisieran una Iglesia inmóvil, anclada en el estilo de siglos pasados, reviviendo cosas que ya se perdieron y no volverán, en vez de recordar que la vida es movimiento y que la Iglesia es un pueblo peregrino en constante caminar.

Otros, por el contrario, desean cambiarlo todo, sin considerar que hay un pasado y unos compañeros de camino, que hay un proyecto de Dios que mira hacia el futuro y al cual debemos atenernos. «Hay algo que ya poseemos en la esperanza, con seguridad, y de lo que debemos dar testimonio. Somos peregrinos, pero también testigos» (DP 265).

Hay quienes anhelan una Iglesia espiritualista, que sólo mire al cielo sin preocuparse de los problemas y conflictos de la humanidad en la historia concreta, cuando el mismo Dios se hizo historia al encarnarse en Cristo.

Y hay quienes buscan sólo la eficacia histórica, convirtiendo el cristianismo en un movimiento político, sin considerar que el mensaje de Jesús va a la conversión del corazón, iluminando la totalidad de la existencia, para la transformación del mundo, pero el Reino de Dios tiene sólo su inicio aquí, porque su culminación sólo se tendrá en la otra vida y al retorno del Señor.

Aunque los tiempos son diferentes, el imperativo del Evangelio permanece el mismo: Dios nos llama a ser hermanos y a buscar formas de organi-

zación social que permitan superar la miseria y opresión en que viven millones de hermanos, viviendo más justa y fraterna la convivencia política y económica de nuestros pueblos.

Tanto el capitalismo como el socialismo marxista son meras variantes de la ideología de la riqueza. Ambos sistemas suponen que la felicidad del hombre se logra simplemente produciendo, poseyendo y consumiendo el máximo de cosas, y terminan esclavizando al hombre al servicio de la economía y de los poderes que la controlan. Nunca generarán auténtica fraternidad porque prescinden de Dios: es imposible vivir como hermanos sin reconocerse hijos de un padre común.

La postmodernidad, con su globalización del mercado económico, es el extremo de ese capitalismo liberal, que nos desafía a desplegar nuestra creatividad, como la primitiva comunidad cristiana o de las Doctrinas, Reducciones y demás misiones de la primera evangelización.

En avión y en modernos autobuses, o por teléfono e Internet, es ahora fácil acortar las distancias geográficas y culturales. Con todo, se van dificultando cada vez más las relaciones humanas con los cercanos, y aparecen nuevas formas de racismo y exclusión, donde la intransigencia no logra una mayor comprensión y acercamiento entre distintas posturas ideológicas, partidistas, de clase, ideológicas, etc.

Cuando los Obispos se pronuncian sobre algún tema relacionado con el acontecer político o social, hay gente que se molesta, y alega que se entrometen en campos que no les corresponde mientras deberían limitarse a su competencia que es lo religioso.

Es cierto que el mensaje del Evangelio es religioso, pues nos habla de Dios y del plan que tiene sobre el hombre. Pero, de acuerdo a ese proyecto, Dios creó a los hombres para hacerlos hijos suyos y hermanos entre sí. Por tanto, es su voluntad que

vivan fraternalmente, y que esto se manifieste en todas las relaciones, dejando que Dios ejerza su señorío paternal, también en el plano político y económico.

Dice nuestro V Plan diocesano de pastoral: «En la cultura contemporánea hay una crisis de las instituciones. El individuo se convierte en punto de referencia moral, social, religioso, familiar, etc.; se vuelca sobre sí mismo perdiendo referencia de lo comunitario e institucional debilitando las instituciones. Los vínculos humanos son muy débiles, pues se fundamentan en los sentimientos y el tejido social se va descomponiendo» (V PDP 99).



«Una pastoral orgánica exige una coordinación que sea capaz de unir esfuerzos, objetivos y actividades, evitando paralelismos y aislamiento. La Iglesia debe crear estructuras que permitan una mejor acción evangelizadora y santificadora en todos los estratos; ellas son la parte visible del sacramento que

es la Iglesia. Estas estructuras son formadas por agentes capaces de colaborar en alguna acción pastoral y los interlocutores o destinatarios de sus actividades de evangelización» (V PDP 203).

«Todos crecemos y nos desarrollamos en una determinada cultura. Una herencia cultural ha dado sentido a nuestra vida y a la de nuestros antepasados. Pero hoy vivimos en un cambio de época, inmersos en culturas diferentes y en una crisis cultural. Nos sorprende la vertiginosa invasión de una cultura que hace poco percibíamos como adveniente y un presente pluricultural en el cual vivimos sin comprenderlo» (V PDP 169). Pero no hay una única cultura que está presente. «Coexisten en nuestras comunidades muchos modos típicos de pensar y obrar por parte de diferentes grupos de personas. Algunas de esas culturas o diversos estilos comunes de vida son: tradicional, postmoderna e híbrida; rural y urbana; secularista y religiosa; racionalista, sensible y mediática; supersticiosa y de compromiso cristia-

no; agraria, industrial, profesionista; rica y pobre; de derecha y de izquierda» (V PDP 110).

«En nuestra Diócesis existen varios escenarios, con nuevos y diferentes interlocutores. En efecto, existe un pluralismo cultural en nuestras comunidades con diversas expresiones que se dan simultáneamente y son todas dignas de tomarse en consideración para la evangelización» (V PDP 170).

«Es cierto que decaen ciertas prácticas tradicionales y está en crisis la transmisión de valores. Coexisten, sin embargo, varias culturas con sus valores propios en nuestras comunidades: piedad tradicional, cultura híbrida, cultura postmoderna, simbiosis cultural, sincretismo. Todas son parte de la vida comunitaria y van creando identidad. Hay cierto sentido de pertenencia a una comunidad sociológica católica, pero la cultura actual es más indiferente a lo religioso en la vida cotidiana. Dentro del catolicismo existen simultáneamente muchas culturas religiosas por atender y un cierto sincretismo religioso paulatinamente va paganizando nuestras tradiciones y devociones» (V PDP 95).

«Todas las instituciones se han puesto en crisis, atacando sus valores constitutivos, poniendo de relieve sus incongruencias y escándalos y restándoles credibilidad. Familia, escuela, gobierno, Iglesia, partidos políticos, clubes deportivos, etc., ya no son el punto de referencia ni el lugar de formación de opinión y comportamiento. Los medios de comunicación han sido uno de los instrumentos de los que mejor se han servido para provocar esta situación» (V PDP 100).

«Las instituciones que más han resentido esta crisis son el matrimonio y la familia. Una cultura que promueve la satisfacción personal inmediata, el rechazo a todo esfuerzo o compromiso duradero, con mentalidad consumista, materialista y relativista, favorece la aparición de manifestaciones que ponen en riesgo el modelo tradicional de familia» (V PDP 101).

«Nuestra propuesta diocesana de promover valores humanos y cristianos no sólo busca contrarrestar, a modo de choque, esta tendencia a la vida sin Dios y al secularismo, ni pretende un retorno al pasado, sino la conciencia clara de que Dios es fiel a su Alianza (cf Jer 31,31-34) y sigue haciendo la

propuesta de salvación. No hay nada plenamente humano que no pueda llegar a ser plenamente cristiano, pues los valores humanos encuentran su plenitud en los valores auténticamente evangélicos» (V PDP 176).

Reconozcamos que «dentro del catolicismo existen simultáneamente muchas culturas religiosas por atender y un cierto sincretismo religioso paulatinamente va paganizando nuestras tradiciones» (V PDP 95). Tratemos de conocer y valorar los «diversos estilos de vida común, con sus propias escalas de valores, su manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones, de desarrollar las ciencias y artes y de cultivar la belleza» (V PDP 108).

Detectemos las señales de que «se va imponiendo una cultura light, individualista, relativista, materialista, de dinero fácil, carente de convicciones y compromisos, centrada en el confort, la corrupción, la cultura de muerte (drogas, alcohol, violencia, impactos emotivos)» (V PDP 116).

Y aprovechemos las fiestas y tradiciones del pueblo para sentirnos verdaderamente miembros de un pueblo de hermanos, poniendo aparte las actitudes, modos de vivir y costumbres en nuestras fiestas que no son coherentes con el espíritu de la comunión y la participación.

Dice nuestro V Plan diocesano de pastoral: «Los organismos están integrados por personas. Detrás de las estructuras hay una serie de decisiones personales, de comportamientos morales legitimados y valores que se han ido introduciendo en la vida como normales. Como un sistema, por sí solo, no es capaz de restablecer el orden destruido en el corazón del hombre, se requiere la conversión del corazón de modo permanente. Su eficacia depende de la voluntad que tengan las personas de colaborar, de la claridad para conocer su función y las relaciones con los demás» (V PDP 204).

Podemos procurar establecer un equipo parroquial de cultura que «comunica los valores evangélicos de manera positiva y propositiva, en diálogo con las culturas actuales, principalmente con los agentes de la nueva cultura (maestros, profesionistas, empresarios, políticos, comunica-

dores, etc.), para ayudarles a tomar conciencia de su pertenencia a la Iglesia y formar así interlocutores sociales que sean testigos de Cristo (cf Ef 4,14-15), y con un lenguaje nuevo formen opinión en los distintos campos (ciencia y tecnología, investigación, arte, información, sistemas de comunicación, centros culturales, deporte, patrimonio cultural, moda, intelectuales, líderes comunitarios, etc.), teniendo en cuenta los crecientes contextos urbanos y utilizando los medios de comunicación que se tienen al alcance (cf Pontificio Consejo de la Cultura, Para una Pastoral de la Cultura, 1999)» (V PDP 231).

Propuestas para la Oración de los fieles:

Oremos con insistencia y fe a Dios nuestro Padre, que nos hace a todos hermanos, como expresión de nuestro ser de Iglesia, a la que no le es ajeno nada de lo humano que afecta al hombre, y como un deber del cuarto mandamiento de la Ley de Dios que nos manda honrar también a la patria. Encomendemos al Señor nuestras culturas, respondiendo a cada petición:

R. Terogamos, óyenos.

- 1.- Por nuestra Patria y los pueblos que la forman, para que conservemos el bien moral de la unidad, y que Jesucristo, que es Luz, Sabiduría, Misericordia, Verdad y Paz para las gentes y los pueblos, nos haga vivir estos momentos con serenidad. ***Roguemos al Señor.***
- 2.- Para que conceda luz, prudencia, sabiduría, valor, discernimiento y acierto a nuestros políticos y gobernantes, a las instituciones del Estado y de todas las Comunidades autónomas, y a todos los campesinos, para encontrar salidas justas y razonables, conformes con el bien común, a la presente situación. ***Roguemos al Señor.***
- 3.- Pidamos por nuestro municipio y nuestro Estado, que mantengan renovada su fidelidad a las raíces que las sustentan, para su progreso y bienestar, conscientes de cuanto les afecta y necesitan. ***Roguemos al Señor.***
- 4.- Por el bien común, por la convivencia, correspondencia, solidaridad y colaboración justa entre todos los que formamos este noble y diversificado pueblo con un proyecto común y una empresa compartida desde siglos. ***Roguemos al Señor.***
- 5.- Pidamos que Dios ilumine y dé sabiduría y discernimiento a los legisladores, para que a la hora de legislar respeten y promuevan la verdad y el bien de la familia, la totalidad de los derechos humanos con sus deberes, libertades y exigencias, sin discriminaciones ni exclusiones. ***Roguemos al Señor.***
- 6.- Por los gobernantes y cuantos gestionan el bien común, para que lo promuevan en toda la amplitud posible. Que Dios nos conceda cordura, sabiduría, prudencia, discernimiento para saber lo que es bueno y justo, valor, bien hacer y justo proceder, corazón y mirada limpia para actuar en estos momentos conforme a la sabiduría que procede de Dios. ***Roguemos al Señor.***
- 7.- Por una mayor presencia de los católicos en la vida pública; en virtud de su fe y no a pesar de ella, para llevar el Evangelio a la cosa pública, y transformar y renovar desde dentro nuestra sociedad. ***Roguemos al Señor.***
- 8.- Para que Dios fortalezca la fe de los laicos y ayude a todos en la imprescindible tarea de formación en la doctrina social de la Iglesia y sus contenidos esenciales e irrenunciables, para poder asegurar así en la vida social y política una presencia unida, coherente, honesta, desinteresada, abierta a la colaboración con todas las fuerzas sanas de la Nación. ***Roguemos al Señor.***
- 9.- Por la implantación cada día mayor de la justicia social en nuestras tierras, por la extensión de la solidaridad y la justicia en favor de los pobres y menos favorecidos de la sociedad, de los que no tienen trabajo, de los inmigrantes y refugiados, que nos ayude a acoger a los inmigrantes y refugiados, a los que vienen de otras culturas o de otras religiones, de situaciones de extrema violencia e injusticia, y encontrar caminos justos y posibles en esta acogida. ***Roguemos al Señor.***

Señor Dios, unidad suprema y amor verdadero, concede a tus hijos un solo corazón y un solo espíritu, para que vivamos en concordia, unidos en tu casa, poseamos de veras la paz que ofrecemos y conservemos la paz que recibimos. Por Jesucristo nuestro Señor. -

Padre santo,

Haz que el atractivo
de Jesucristo
siga conquistando
el corazón de muchos hermanos
que, dejándolo todo,
sigan la aventura
más maravillosa
de entregar la vida
por el Evangelio.

Haz que abramos
el corazón a Cristo,
que no quita nada y lo da todo.

Para que a ejemplo
de la Virgen María,
la siempre joven
y disponible a hacer tu voluntad,
nos entusiasme a responder
con generosidad a tu llamado.

Por Jesucristo nuestro Señor.